

LA

CRUZ DE QUIROS

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 3.

R. 42.043

CRONICAS ROMANESCAS DE ESPAÑA



LA

CRUZ DE QUIROS

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GÓÑZALEZ

TOMO SEGUNDO

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

1868

Propiedad de los editores



CAPITULO PRIMERO

ESPLICACIONES



Juan Capuchin se habia ido á Granada obedeciendo el mandato de su capitan, y con arreglo á su instruccion habia tomado en el Albaicin el palacio de la calle del Sauco que estaba hacia mu-

cho tiempo deshabitado porque decian los vecinos que tenia duendes.

La creencia en estos seres fantásticos soñados por la imaginacion era muy de aquellos tiempos.

La tradicion cristiana habia autorizado la creencia en los fantasmas.

Capuchin tomó la casa, á pesar del duende, no porque fuese despreocupado, que en aquellos tiempos nadie lo era, sino por valiente.

— Y bien, contestó al dueño de la casa cuando le dijo que estaba habitada por aquellos demonios familiares, ¿no se dice y no lo cree todo el mundo, porque es verdad, que en la casa donde hay duende hay tesoro?

— Indudablemente, contestó el propietario; en mi casa, pues, debe haber oculto un inmenso tesoro.

— ¿Y no dicen tambien, contestó Capuchin, que el que tiene valor para esperar al duende,

para verle, para hablarle como si fuera un amigo, encuentra el tesoro ?

— Indudablemente, dijo el propietario.

— Pues bien : lo que á mí me sobra, dijo Capuchin, es valor, no digo yo para llamar al duende, hablarle ni mas ni menos que como estoy hablando con vos, y darle de cuchilladas si me falta al respeto, sino al mismísimo demonio ; dadme pues las llaves, que voy á limpiaros de duendes la casa y por su tesoro que buena falta me hace.

El propietario dió, lleno de asombro, las llaves á Capuchin.

Nunca habia hablado con un hombre tan valiente, ni habia creído que lo hubiera.

II

Capuchin eligió para entrar en la casa la media noche.

Es decir, la hora de los aparecidos y los fantasmas, y de las almas en pena.

En cuanto entró tiró de la espada por precaucion, que pudiera suceder muy bien hubiera alguno de carne y hueso al que fuese necesario tratar duro.

Inmediatamente empezó á dar á derecha é izquierda con la espada sobre las paredes y á gritar :

— ¡ Ah ! seor duende ! despertad si dormís y venid á hablar á un amigo que desea conoceros.

Pero nadie contestó.

Capuchin siguió haciendo ruido y llamando al duende hasta que cansado de no recibir contestacion dijo:

— Pues señor, lo siento mucho, porque me hubiera venido muy bien un tesoro: está visto, el duende se ha cansado de la soledad y se ha ido, ó bien ha venido otro á la chita callando y se ha entendido con el duende, se ha llevado el tesoro y el Martinico, no teniendo nada que guardar, se ha ido á otra parte.

Una hora despues salia para dirigirse al mesou de la Plaza Larga, donde habia dejado á Mari-Perez.

— Y bien, decia por el camino, ¿qué mejor escondite podia yo haber encontrado para el capitán que una casa que todos creen infestada de duendes? Así nadie, ni aun los alguaciles, se atreverán á acercarse.

III

Al día siguiente Capuchin compró muebles y se mudó á la casa con Mari-Perez.

A la noche siguiente, ya tarde, sonaron en la callejuela del Sauco pisadas de caballo, que cesaron delante de la puerta de la casa, y poco despues se oyeron los fuertes golpes del llamador que caia sobre la puerta.

Capuchin que esperaba, porque por la tarde habia ido á caballo á su lugar de cita en la Vega á avisar á Pedro Quirós, abrió al momento.

Se encontró en efecto con Pedro Quirós, que antes de darle las buenas noches le dijo :

—¿Ha venido por aqui Barrabás?



— No, Señor Pedro, exclamó Capuchin, debe estar con los otros en las Alpujarras.

— Es extraño : no debió separarse de mí, yo creí que me había seguido.

— Mañana iré yo á las Alpujarras, dijo Capuchin.

— Bien, pero antes es necesario que vayas á la casería del Almirante á ver qué ha sucedido allí.

Pedro Quirós comió con muy buen apetito la excelente cena que le tenía preparada Mari-Perez.

Se fué al cuarto que se le había destinado y se acostó.

— Muy cegijunto y muy callado viene el Señor Pedro, dijo Capuchin á Mari-Perez antes de acostarse ; algo debe de haber sucedido.

— Yo creo lo mismo, dijo Mari-Perez ; algo debe de haber sucedido de espantoso.

IV

Al día siguiente, y antes de que se levantase Pedro Quirós, muy de mañana, Capuchin montó á caballo, y despidiéndose de Mari-Perez hasta el medio día, partió, descendió las empinadas cuestas del Albaicin. salió por la puerta Elvira, y se lanzó al galope hácia los montes atravesando la Vega.

Capuchin iba con el semblante descubierto y sin miedo, porque no le conocia nadie.

Ni nadie podia creer que aquel buen mozo vestido á lo hidalgo y magníficamente montado fuese uno de los Diez Compadres.

Además, Capuchin sabia que mucho antes de

llegar al puente de Loja, cerca del cual estaba la cacería del Almirante, podría tener noticias.

El día anterior, mientras buscaba casa, había oído hablar mucho en los corrillos de ociosos de la Plaza Larga de que la justicia andaba revuelta, y de que los escopeteros de la ciudad habían salido á la Vega y á la Sierra en demanda de los Diez Compadres.

Se hablaba, aunque de una manera vaga, de las grandes cosas que los bandidos habían hecho.

Había algo de pavor aun en la ciudad.

Se temía que aquellos malhechores ensoberbecidos se atreviesen á dar algun mal golpe en los barrios altos ó bajos de la ciudad.

Se hablaba de algo también formidable que decían había acontecido en la quinta del señor Almirante.

Pero respecto á esto, nada se decía determinado.

Quién daba la noticia de que el Almirante y todos sus criados habían sido degollados.

Quién que únicamente habia sido asesinado el Almirante.

Quién, en fin, que todo se reducía á que la señora Doña Margarita, hija del Almirante, habia sido robada para exigir por ella un crecido rescate.

Añadian otros que aquello habia sido un asunto de amor, porque habia sido muerto y descabezado el Conde de Fuen-Labrada, cuando iba á casarse con la señora Doña Margarita.

En fin, se decia tanto, que no habia nada fijo á que atenderse.

Por lo mismo Capuchin habia ido á informarse de cerca.

V

No tuvo que andar mucho.

Apenas, dejando atrás el barrio de San Lázaro, habia llegado al *Puente del Cristiano*, cuando á la puerta del ventorrillo vió todos revueltos, cuadrilleros de la Santa Hermandad, escopeteros, alguaciles y soldados, que con sus respectivos cabos se habian detenido en el ventorrillo para remojar las fáuces.

Metióse sin cuidado entre ellos Capuchin, porque como hemos dicho, estaba seguro de no ser conocido, y pidió á la ventera un vaso de vino.

Esta, al ver al buen mozo, salió á la puerta con un vaso lleno que llevaba para un alguacil, y lo dió á Capuchin, no sin que mediara una enérgica

protesta del ministro de justicia, á quien quemó la sangre aquella preferencia, porque la ventera era muy buena moza.

—Aguárdese, seor corchete, dijo esta; que para todos hay y mas que vengan, y mucho habria que beber para que se secaran las tinajas.

—Es que vamos de prisa, dijo el alguacil.

—Y yo tambien, amigo, porque tengo que llegar á buena hora á Alhama, dijo Capuchin.

—Si es que no os quedais en el camino, contestó el corchete.

—No pienso quedarme en ninguna parte, replicó Capuchin, sino en Alhama.

—Eso será lo que quieran los Diez, dijo una voz bronca saliendo del fondo del ventorrillo.

VI

Capuchin se sorprendió, pero contuvo la emoción que le había causado aquella voz; era la de Barrabás.

— ¡Qué diablos hace ese por aquí! dijo para su colete Capuchin, y luego añadió alto dirigiéndose al mozo que había salido á la puerta, y como si no le conociese. Amigo, los Diez no tienen por qué meterse conmigo, y aunque quieran meterse, confío yo mucho en las buenas piernas de mi caballo, que es un águila.

— No lo es menos el mio, dijo Barrabás, sin dar muestras de conocer á Capuchin, y sin embargo, no quisiera que me cogieran esos nenes en

el camino; si os parece, esperaos y haremos juntos la jornada: asi nos podremos ayudar.

—¿Y en qué os deteneis? dijo Capuchin.

—Espero á que coma un pienso mi caballo, contestó Barrabás.

—Pues si no es mas que eso, yo esperaré tambien, aunque seria mejor irnos con esta honrada gente.

—Es que nosotros, dijo un cabo de los cuadrilleros, vamos en derechura atravesando la Vega y dejando el camino real, á meternos en la sierra de Parapanda, que por ahí nos han dicho que andan los malhechores; y queden vuesas mercedes con Dios, que ya nos detenemos demasiado.

—Vayan con Dios los honrados, dijo Capuchin echando pie á tierra.

Cuadrilleros, alguaciles, escopeteros y soldados se pusieron en marcha.

—¿Pero han visto vuesas mercedes, dijo la ventorrillera que se habia aficionado á Capuchin,

qué atrevimiento han hecho antes de ayer los Diez Compadres? ¿Y quiénes son ellos? ¿quién los conoce?

—Si se les conociese, dijo Capuchin, no causarían tanto miedo ni podrían hacer lo que hacen.

—Los malditos, dijo la buena moza, nos tienen perdidos á los venteros del camino, porque ya se ve, nadie se atreve á andar por él: pero de esta vez, creo que los cogen y acaban con ellos.

—Quiéralo Dios, dijo Capuchin; á ver si medramos.

Y siguió la conversacion sobre el mismo asunto, mientras que el caballo de Barrabás, ó mejor dicho, el caballo de Quirós, acabó de comer el pienso.

Cuando esto hubo sucedido, Capuchin y Barrabás se despidieron de la ventera, montaron á caballo, y siguieron el camino real adelante.

—El capitan te ha echado de menos, Barra-

bas, dijo Capuchin, y en verdad, es extraño que tú no le hayas seguido.

— El capitan se engaña, dijo Barrabás; le he seguido, y bien de cerca. He entrado á donde entró él, pero tuve que entretenerme para remediar algo de lo que el capitan habia hecho, y para recoger ciertas cosas que no era prudente se quedaran allí.

— ¿Y qué cosas eran esas?

— Nada, una friolera; unas cartas demasiado importantes, y la cabeza del Conde de Fuen-
Labrada.

— ¡Diablo!

— Sí, hijo, sí; el capitan ha hecho una de las suyas, porque es muy hombre. Tú no le conoces bien. Yo tuve necesidad de entretenerme, y cuando salí, cuando llegué al lugar á donde habia dejado mi caballo, cuando hube arrojado la cabeza del Conde donde permanecerá hasta el dia del juicio sin que nadie la encuentre, me fui al sitio

donde el capitan habia dejado su caballo ; pero no le encontré ya, lo que queria decir que el capitan se habia ido.

—¿Y á dónde? ¿Cómo encontrar su rastro? Yo seré todo lo que tú quieras, hijo mio, menos sabueso ; así es que me he visto obligado á andar de acá para allá veinticuatro horas largas, temiendo que se me acabe el poco dinero que llevo, porque en acabándoseme, no sabré dónde meterme. Pero te he encontrado ya, lo que es lo mismo que haber encontrado al capitan, y se han acabado mis apuros.

— Es verdad, dijo Capuchin ; y si tú me dices aquello de que yo he venido á informarme, nos volveremos á donde el capitan está.

—¿Y de qué necesitas tú informarte? dijo Barabás.

—¿Qué ha sucedido en la quinta del Almirante desde que salió el capitan de ella?

—Poca cosa ; el Almirante despues de una cor-

ta conversacion que tuvo conmigo, cayó al suelo como si le hubiera dividido un rayo, y yo me dije ; á este buen señor se le ha subido la sangre á la cabeza, y si no se le abre un boquete para aligerarle la sangre, se lo van á llevar ó Dios ó el diablo. Y saqué mi puñal y le rompi una vena. Despues hice ruido, llamé para que viniera gente y escapé llevándome la cabeza que el capitán habia dejado allí y unos papeles que el capitán habia mostrado al Almirante. Esta es toda la historia. Respecto al Almirante, no ha muerto porque yo he hablado con algunas personas que venian de la casería, y está fuera de peligro, aunque muy trastornado y muy enfermo.

—Pues eso es todo lo que yo necesitaba saber, dijo Capuchin, y si te parece, tomaremos por este camino de herradura que atraviesa Sierra Elvira y llegaremos al camino mayor, y luego por la cuesta de San Diego y por la puerta de Faxe-Lauza, entraremos en el Albaicin.

—¿Conque el capitán está en el Albaicin? dijo

con estrañeza y con un acento particular Barrabás.

— Si ; está en el Albaicin en una casa que yo le he buscado, y tan buena como que todo el mundo cree que tiene duendes, lo que quiere decir que nadie se atreverá á acercarse á la tal casa.

— ¿ Una casa que tiene duendes? dijo Barrabás. En el Albaicin, y para ir á la cual se entra por la puerta de Faxe-Lauza ; me parece que ¿ sé qué casa es esa. ¿ Es en la calle del Sauco ?

— ¡ Si ! contestó con alguna reserva Capuchin.

— ¿ La gran casa que llaman el palacio ?

— Si. ¿ Pero cómo conoces tú esa casa ?

— Te diré ; yo conozco palmo á palmo el Albaicin ; y te puedo decir cuáles son las casas que en él tienen duende. Una es la que tú has buscado ; hay otra al mediar de la calle de María Lamiel ; otra, en lo alto de la cuesta del Chapiz ; otra, en la calle de San Juan de los Reyes, frente al convento de Santa Teresa ; y otra, en fin, en la

calle del Viento. Yo he corrido todas esas casas ; he entrado en ellas ; he llamado á los duendes, buscando el tesoro que, segun dicen, entregan los duendes al que se atreve á hablar con ellos ; y ningun duende se me ha presentado, porque sin duda los duendes han tenido mas miedo de mí que yo de ellos. Pero en ese palacio de la calle del Sauco creia encontrar algo.

—¿Cómo? ¿Qué? exclamó Capuchin herido por la codicia.

—Sí, hombre, sí ; yo la registré toda, y en los sótanos reparé en que en una pared habia una mancha que demostraba que habia allí una pequeña puerta tapiada.

—¿Y encontraste un tesoro?

—Si yo hubiera encontrado un tesoro, no hubiera andado con vosotros esponiéndome á que por un acaso, la justicia me cogiera y me ahorcara.

—Tú estimas mucho á mi capitan; tú le conoces de mucho tiempo antes que el capitan nos conociera á nosotros.

—Es cierto, pero si yo hubiera encontrado un tesoro lo hubiera entregado al capitan, y este no se hubiera visto obligado á estar con vosotros para tener dinero. Lo que yo encontré cuando hube echado abajo el tabique, fue una estrecha mina, tan estrecha que apenas bastaba para que entrase por ella un hombre ordinario, y por la que me costó mucho trabajo penetrar á mí. Aquella mina era medianamente larga. Cuando llegué á su extremo me encontré con otra pared, la eché tambien abajo y pasé; me encontré en un sótano húmedo, negro, asqueroso, estenso, lleno acá y allá de trastos viejos inservibles; busqué la salida de aquel sótano y me encontré en un huerto. Era de noche, y hacia luna. En cuanto estuve en el huerto, no pude dudar acerca del edificio á que aquel huerto pertenecía.

Era un edificio alto, grande, á un ángulo del

cual habia una torre de iglesia ; en fin, el convento de Santa Isabel la Real.

— ¡ Ah! ¿ El convento de Santa Isabel la Real? exclamó sin encubrir su alegría Capuchin. ¿ Conque hay una mina que pone en comunicacion el palacio de la calle del Sauco con el convento de Santa Isabel la Real?

— Si, hijo mio, si; una mina que viene á ser una gatera del convento y que sin duda no conocen las madres.

— ¡ Quién sabe! Pueden haber encontrado la abertura que tú hiciste, y haberla tapiado de nuevo.

— Con volverla á abrir... asunto concluido. Por allí, puede sacar el capitan á doña Margarita.

— ¿ Y quién te ha dicho que doña Margarita está en el convento de Santa Isabel la Real? dijo Capuchin mirando con fijeza á Barrabás.

LA CRUZ DE QUIROS.



—¿Y por qué habias de alegrarte tú tanto saber que hay una mina que pone en comunicacion la casa en que vive el capitan con el convento de Santa Isabel la Real?

— ¡Bah! dijo Capuchin. El convento de Santa Isabel la Real tiene fama de guardar dentro de sus claustros hermosísimas mujeres, y yo todavía no he tenido amores con una monja.

— ¡Sacrilego! exclamó Barrabás. Por lo que veo tú darías el alma al diablo por cualquier cosa.

— ¡Bah! ya sabes que el diablo tiene hace mucho tiempo nuestras almas.

— Es verdad.

— Ya ves tú, lo que nos falta á los Diez Compadres para que acabe de asombrarse de nosotros todo el mundo, es dar un escándalo en un convento dentro poblado, y de una ciudad tan bien defendida como Granada, y tan murada, y tan

cerrada. Y si por añadidura nos llevamos las alhajas y el dinero del convento...

— ¡Impío!

— Ya te he dicho que nosotros no tenemos nada que perder, y que por mucho que hagamos no podremos añadir una sola cantidad á la cuenta que ya tenemos con Dios.

— ¿Conque, doña Margarita, dijo Barrabás, está en el convento de Santa Isabel la Real?

— Nada me ha dicho el capitan, contestó Capuchin, pero yo creo que sí.

— ¡Ah! Pues dile al capitan lo de la mina que te lo agradecerá mucho.

— ¿Y por qué no se lo dices tú que tienes mas confianza con él?

— Yo no me atrevo á entrometerme en las cosas del capitan.

— Yo tardaré en verle, Capuchin.

— ¿Y por qué?

— Porque tengo otros negocios á que acudir.

— ¿Tú? dijo Capuchin, tú eres un traidor.

Y echó mano á uno de los pistoletas que llevaba al arzon.

Pero Barrabás hizo botar de costado su caballo, ganó alguna distancia, revolvió á Leal y se lanzó á la carrera por una senda que á poco trecho se perdía entre árboles.

Capuchin disparó.

A su disparo contestó una insolente carcajada.

Capuchin lanzó su caballo en pos de Barrabás que huía.

Pero muy pronto este se perdió entre los árboles.

Y por mas que le buscó Capuchin, no pudo dar con él.

VII

—Y bien, dijo revolviendo su caballo para ganar el camino de herradura que habia dejado para ponerse en persecucion de Barrabás; ¿qué me importa? Con tal de no decir al capitan que he encontrado á este y que no le he preso ó lo he matado en el momento en que se me ha hecho sospechoso, hemos concluido. Le daré las noticias que me ha dado ese maldito enano, diciendo que las he recogido en otra parte, y hemos salido del paso.

Y como se acercase el mediodia, Capuchin apretó las espuelas á su caballo para llegar pronto á Granada.

CAPITULO II

CONTINUA LA MATERIA DEL ANTERIO



I

Capuchin llegó poco despues del mediodía al palacio donde le esperaba impaciente Quirós.

— ¿Y bien, dijo este, qué has averiguado?

— ¿Vos debisteis estar sin duda anteanoche en la casería del Almirante, capitan?

—¿Por qué dices eso? preguntó Quirós.

—Porque se ha encontrado al Almirante sin sentido, como muerto; y ha sido necesario que le hagan una copiosa sangría para que no muera.

—¿Y bien? ¿Qué? preguntó con un gran interés Quirós, porque al fin el Almirante era padre de su amada.

—Su señoría está fuera de peligro, aunque muy malo, dijo Capuchin.

—¿Quién te ha dado esas noticias que me has traído? dijo con alguna desconfianza Quirós.

—Unos alguaciles que venían de la casería, y á los que he encontrado en el camino, contestó con la mayor naturalidad y con el mayor aplomo Capuchin.

—¿Tenían trazas esos alguaciles de estar bien informados?

—¡Oh! sí señor; si yo no hubiera tenido motivo para creer en lo bueno de sus infor-

mes, hubiera seguido adelante para informarme mejor.

— ¡Pues bien! dijo Quirós, es necesario que en cuanto descanses, vayas á las Alpujarras á informarte de si está con los otros Barrabás.

— Muy bien, capitán.

II

Al dia siguiente, Capuchin montó á caballo por la mañana muy temprano, y se fué á las Alpujarras, aunque sabia muy bien que no encontraria en ellas á Barrabás.

Pero era necesario cubrirse para con Pedro Quirós.

Volvió á los dos dias diciendo que los de las

Alpujarras no sabian lo que habia sido de Barrabás.

Esto puso en gran cuidado, aunque nada dijo á Capuchin, á Quirós.

Como que Barrabás estaba en sus secretos.

Capuchin recibió orden de hacer de manera que una carta suya llegara á las manos de Margarita.

Ya sabemos cómo Capuchin se habia entendido con el andadero de las buenas madres de Santa Isabel la Real.

Margarita no tardó en recibir una apasionada carta de Pedro Quirós, en la que este le decia que habitaba muy cerca de ella y que podia verle todos los dias, por la tarde, solo con subir á la torre del convento y mirar al huerto de la casa inmediata.

Margarita, por el mismo conducto del andadero y de la doncella que con el andadero se entendia,

escribió á Pedro Quirós una carta no menos apasionada.

Pero encargándole que no mirase á la torre del convento para evitar ser sorprendidos por alguna monja celosa.

Hé aqui porque Pedro Quirós se recataba cuando estaba en el huerto, y sabia que Margarita estaba en la torre, de mirar á las celosias de esta.

III

Si su vista hubiera podido penetrar á través de aquella celosía, se hubiera aterrado al ver la espresion terrible con que, desde la torre, le miraba Margarita.

Consistia esto en que Margarita, á mas de las cartas que habia recibido de Pedro Quirós, habia recibido otras en que se la decia que Pedro Quirós era su hermano.

Se la habia contado la terrible historia que el enano habia contado al Almirante.

Se la habia dicho :

— Ese que tú crees Don Juan Venegas, no es él ; él murió ; pregúntalo á las buenas madres que te guardan ; todas ellas saben la desgracia que aconteció á Don Juan Venegas.

Todas ellas saben que Don Juan Venegas fue traidor, que le sentenció el Rey y que tu padre fue el encargado por el Rey de cumplir aquella sentencia que tú no conocistes, porque tu padre no se atrevió á desgarrarte el alma contándote la tragedia del hombre con quien tu padre habia estado á punto de casarte.

Margarita dudó de aquella carta.

Pero preguntó lo que habia sido de Don Juan Venegas, y no pudo tener duda.

Las monjas y su confesor, y las visitas que al convento iban; todos la dijeron que Don Juan Venegas habia sido encontrado muerto por veneno en su castillo de las Alpujarras cuando, de orden del Rey, habia ido á prenderle el Almirante.

El horror se apoderó de la pobre Margarita.

— ¡Dios mio! dijo, si esto es cierto, como no puedo dudarlo porque me lo dicen personas respetables, ¿quién es este hombre á quien yo amo, á quien he creído mi Don Juan?

Una segunda carta anónima, terrible, vino á aumentar la perplejidad y el horror de Margarita.

Aquella carta acompañaba la partida de bautismo de Pedro Quirós, y la ilustraba una historia de deshonra, de la deshonra de la madre de Margarita.

« Tu madre hizo traicion á tu padre, decia aquella carta.

» Tu padre estaba en Venecia cuando tu madre tuvo amores secretos con el padre de Don Juan Venegas.

» De aquellos amores nació un hijo tan semejante á Don Juan, que tú le confundes con él y le confundiria cualquiera. »

Mas adelante recibió Margarita una historia que viene á ser una aclaracion de la que ya hemos contado á nuestros lectores.

Veamos aquella historia.

Decia asi :

V

Pedro Quirós, cuando murieron sus padres adoptivos, dueño de una buena hacienda y lleno de una resolución generosa, propia de la noble sangre que corría por sus venas, viéndose sin nombre, sin saber quiénes fueran sus padres, sentenciado á ennoblecerse por sí mismo, si quería valer algo en el mundo, se fué á la guerra, y sentó plaza en un escuadrón de infantería.

Seguía aquí la historia como ya la hemos contado á nuestros lectores, hasta el punto en que Pedro Quirós llegó al castillo de Cadiar y se anunció á su hermano.

Como sabía que era un gran señor, y temía no

le fuese fácil verle, Pedro Quirós llevaba una relacion escrita de su vida, dia por dia, hora por hora y minuto por minuto.

Su hermano le recibió y le reconoció, y como se encontraba en la terrible situacion de verse sentenciado por traidor, dijo á Pedro Quirós :

—Hermano, esto que me sucede es una calumnia que me ha levantado un infame que ama á la mujer con quien yo debia casarme.

Esa mujer es la hermosa hija del Almirante de Castilla, Don Juan Enrique.

El hombre que me aborrece porque ama á doña Margarita ; el hombre que desesperado é infame me ha calumniado, haciendo creer al Rey en una traicion imposible en mí, es el miserable Conde de Fuen-Labrada, á quien yo no puedo matar porque la noticia de su traicion me llega en el mismo punto en que sé que por esa traicion el Rey envia á prenderme y á matarme al mismo padre de mi amada.

Pero yo no sufriré esa deshonra.

Yo, que no puedo probar mi inocencia, que no puedo librarme del verdugo, no quiero sentir sobre mí la mano del verdugo.

— ¡Huid! dijo el generoso Pedro Quirós; yo me quedaré en vuestro lugar, somos tan parecidos que he necesitado pintarme el rostro, desfigurarme, para que vuestros criados no se asombren al verme.

Pintaos el rostro, ó mejor yo os pintaré, que ahí traigo conmigo el unto que para eso me sirve; yo os pondré las narices contrahechas de que me he despojado; os vestiré mis vestidos y yo me vestiré los vuestros.

— Moririais de una manera afrentosa, exclamó Don Juan Venegas, y sobre todo eso es inútil: estais hablando con un cadáver.

— ¿Qué decis? exclamó Pedro Quirós.

— Digo, exclamó con la voz tranquila como si

hubiese dicho la cosa mas indiferente del mundo Don Juan Venegas, que antes de que vos llegáseis he tomado un veneno.

Pedro Quirós se aterró.

Quiso llamar.

Pero Don Juan Venegas le dijo :

— No, no, es inútil, no hay remedio en la ciencia, el veneno que he tomado es de todo punto mortal. La gente que viene por mí se acerca; no perdamos tiempo; venid, es necesario que yo os oculte; permaneced oculto hasta que todo haya pasado.

« Despues, disfrazaos de nuevo, salvaos, llevad á Margarita la noticia de mi muerte; decidle que muero amándola y que muero por mi honra; despues, ¡ vengadme! haciendo patente la traicion que contra mí ha cometido el conde de Fuenlabrada. Haced lo que podais por probar mi inocencia, por salvar de la deshonra el apellido de nuestra familia que os pertenece, porque suya es la sangre que corre por vuestras venas.

« Y si no lograis poner en claro mi inocencia, y si lográndola el Rey no me hace justicia sentenciando al calumniador, como me ha sentenciado á mi, por su calumnia, matad á ese hombre: que no sea feliz sobre mi sangre, uniéndose á mi Margarita! »

Don Juan Venegas, que habia pronunciado con trabajo sus últimas palabras porque ya sentia los efectos del veneno, apenas tuvo tiempo para llevar á su hermano, á Pedro Quirós, delante de una puertecilla secreta que abrió.

— ¡ Subid por ese caracol de piedra, dijo! Por él se llega á lo alto de la torre, ocultaos allí, y despues haced como buen hermano vuestro deber.

Y empujó dentro á Pedro Quirós y cerró la puerta.

V

Pero Pedro Quirós no se retiró de ella.

Estuvo viendo, por unos agujeros que la puertecilla tenia, lo que pasaba en la cámara.

Vió á su hermano luchar con su agonía lenta y horrorosa hasta que murió.

Vió, poco despues, que en la cámara entraba con mucha gente el Almirante, vuestro padre, que terrible y cruel, olvidándose de la amistad que con Don Juan Venegas le habia unido, el que habia estado á punto de hacerle su hijo casándole con vos, sacaba de la cámara aquel miserable cadáver.

Pedro Quirós montó la escalera, llegó á los

desvanes de la torre y por la abertura de una saetera miró á la plaza inmediata al castillo y vió que allí, despues de un pregon infamante el verdugo cortaba la cabeza á Don Juan Venegas y la ponía en la punta de una pica.

Vió despues que aquel tronco era conducido al cementerio inmediato y enterrado allí en una sepultura infame.

Sufrió cuanto puede sufrir una criatura y juró por su alma, matar al traidor que habia asesinado á su hermano.

VI

Al dia siguiente, Pedro Quirós escapó del castillo y de Cadiar, y se encontró por la montaña, errante, sin saber qué hacer ni á dónde acoger-

se, porque él tambien tenia que huir del rigor de las leyes por haber matado en el ejército á un superior suyo.

VII

Y andando así, hambriento y desesperado, se encontró en la Rambla de la Sangre, á poca distancia de Cadiar, pero en un lugar tan agrio, tan montañoso, tan espeso, que el que se mete en él está seguro de no ser encontrado.

Allí, encontró á los Diez Compadres.

Ya sabeis lo que son estos caballeros, porque no se habla desde hace algun tiempo de otra cosa en Andalucía.

Sabeis, tambien, que estos bandoleros, para

que nadie pueda conocerlos, matan á la desdichada persona con quien se encuentran, aunque esta persona no lleve sobre sí nada que le pueda ser robado.

Así es, que apenas vieron á Pedro Quirós le dijeron :

— En mala hora ha hecho Dios que te encuentres con los Diez Compadres, hermano. Porque aunque nada nos has hecho y nos pareces un buen mozo, te vamos á poner fria la lengua para que no puedas contar que nos has visto.

El que esto había dicho á Pedro Quirós era un gitano terrible, capitan de los Diez Compadres, que se llamaba Ponzoña.

— Me matareis, dijo con altivez Pedro Quirós, porque sois Diez contra uno, que si solamente fuérais cinco, tendríais la muerte cinco por uno.

— Eso es hablar muy pronto y muy mal, dijo Ponzoña ; porque el minimo de los que hay aqui

os agarra por una oreja como si fuérais un raton y os tira por encima del picacho de Veleta.

— Eso no es verdad, contestó Pedro Quirós, y para probarlo ¡ venga el que quiera ! no digo yo agarrarme una oreja, sino á sentir mi aliento.

— Pues, hombre, contestó Ponzoña, no pensaba yo esta mañana que se me iba á poner delante un tan pequeño trabajo. Yo soy el que te va á retorcer el pescuezo como á un gorrion, y veremos á ver lo que tú haces para que yo no te lo retuerza.

Y Ponzoña echó pie á tierra.

Y se fué para Pedro Quirós, que se hizo un paso atrás y tiró de su espada.

— ¡ Ah ! ¡ la avispa saca su aguijon ! dijo tranquilamente Ponzoña. Vamos, hombre, me alegro, porque hace mucho tiempo que yo no cambio con nadie una estocada, aunque siento que esto se va á acabar muy pronto.

Y desenvainando su toledana se fué gentilmente á Pedro Quirós con tal descuido, como si solo hubiese tenido delante de sí un niño.

— Os prevengo que venís muerto, dijo Pedro Quirós, y yo soy muy leal para no advertiroslo. Reparaos bien y morid haciendo todo lo que podais para no ser muerto.

— ¿Qué os parece de esto? dijo Ponzoña volviéndose á los otros nueve que veian y oian con una grande atencion lo que estaba pasando. Casi, casi, tengo ganas de perdonarle y de darle una plaza entre nosotros, porque me parece un buen hijo de su madre ; pero nosotros no podemos ser mas que Diez, y no podemos tampoco fiarnos del primero que viene.

— Nada, nada, Ponzoña, dijo uno á quien llamaban el Bachiller, este es un caso de honra, y si no le matas, podremos creer que le has tenido miedo. Y no somos nosotros los que hemos de tener por capitan un cobarde.

— Ya lo ves, hermano, dijo Ponzoña á Pedro Quirós, no puedo pasar por otro punto que por matarte. Lo siento, hombre, ¿pero qué hemos de hacer? á ver si quitamos esto cuanto antes de enmedio.

Y acometió á Quirós de improviso pretendiendo cogerle descuidado.

Pero Pedro Quirós le atajó, poniéndole la punta al pecho, y con tal violencia habia ido sobre él Ponzoña que la punta de la espada de Quirós le salió sangrienta á la espalda.

El gitano lanzó un rugido y cayó.

— Se ha matado él, dijo Pedro Quirós, yo le habia advertido, pero pues lo ha querido, sea en buena hora.

Y montando en el caballo del muerto, con gran asombro de los bandidos, les dijo :

— Adelante, dejadle ahí como hubiérais dejado á mí ; nada habeis perdido : capitan por ca-

pitan, vale mas que el muerto el que le ha matado.

Y de tal manera se supo hacer temer de los nueve compadres Pedro Quirós, que sin decir una palabra le siguieron, y desde entonces le obedecieron como Capitan con mucho mas respeto que á Ponzoña y con mas confianza que si le hubiesen conocido toda su vida.

VIII

«Y es el caso que cuando hicieron sus cosas mas terribles los Diez Compadres, fue despues de haber tenido por capitan á Pedro Quirós.

Este habia reparado en que su hermano tenia una pequeña cicatriz en la frente, en el nacimiento del pelo.

Se habia acercado á la caseria de vuestro padre, en la cual morábais vos, resuelto á cumplir el encargo de su hermano, y os habia visto, sin que vos le conociéseis.

Entonces se olvidó de su hermano y del encargo que le habia hecho para pensar solo en vos, porque de vos se habia enamorado mortalmente.

— Yo puedo hacerla creer que soy Don Juan Venegas, dijo. Es posible que su padre la haya ocultado la muerte de Don Juan Venegas, y para que no pueda saberla por otra parte, será por lo que se la ha traído á una casería aislada en la Vega.

Si no es así, yo la haré creer por la exacta semejanza que tengo con mi hermano que la noticia de mi muerte es falsa.

Pero para eso es necesario que yo me haga una cicatriz como la que mi hermano tenia en la frente.

Y se la hizo.

Y cuando la cicatriz presentó el mismo aspecto que la otra de Don Juan Venegas, se os presentó una noche, habiéndoos avisado antes por medio de su doncella Mari-Perez.

Vos os equivocásteis, como no podiais menos de equivocaros, como se hubiera equivocado todo el que haya conocido á Don Juan Venegas.

Sabia Pedro Quirós que con mucha frecuencia Don Juan Venegas os habia escrito.

Y era necesario que por la diferencia de la letra conociéseis la falsedad.

Como os amaba tanto Pedro Quirós y el amor hace milagros, se procuró algunas cartas de su hermano, de las mismas que os habia escrito que le procuró la doncella, y estudió de tal manera que al fin logró contrahacer la letra de Don Juan contando con que un dia podiais tener una imprescindible necesidad de escribirle.

En cuanto á la voz no habia necesidad.

Eran muy semejantes las voces de los dos hermanos.

Un poco mas ronca y un poco mas sombría la de Pedro Quirós.

Hé aquí todo. »

IX

Este relato era fuertemente inverosímil, pero sin embargo, como estaba de tal manera afirmada, por tantas y tantas relaciones de personas de las que no se podía dudar la muerte de Don Juan Venegas, Margarita se llenó de horror.

Todo era terrible para ella.

La deshonra de su madre.

La existencia de un hombre á quien amaba y que era su hermano.

Y como si no bastase esto, el objeto de aquel amor, que parecia maldito por Dios, era el terrible capitan de los Diez Compadres.

Margarita no sabia esto último.

Pedro Quirós se lo habia ocultado cuidadosamente.

El haberse roto el casamiento concertado, lo habia justificado Pedro Quirós por una desgraciada reyerta habida con el Almirante.

Margarita se desesperaba.

Margarita moria.

Y sin embargo, no podia lanzar de sí aquel amor que la llenaba el alma, y que se habia hecho tanto mas tiránico, cuanto mas imposible.

Por esto, cuando se asomaba á las celosias de la torre miraba con horror y con un agudo dolor de sus entrañas á Pedro Quirós.

Y no contestaba á sus cartas, lo cual desesperaba al jóven y le ponía terrible.

Pero, por mas que Margarita se proponia no subir á la torre, no volver á ver á aquel hombre á quien creia su hermano, una fuerza invencible la arrastraba, la obligaba, la llevaba á su pesar á verle.

X

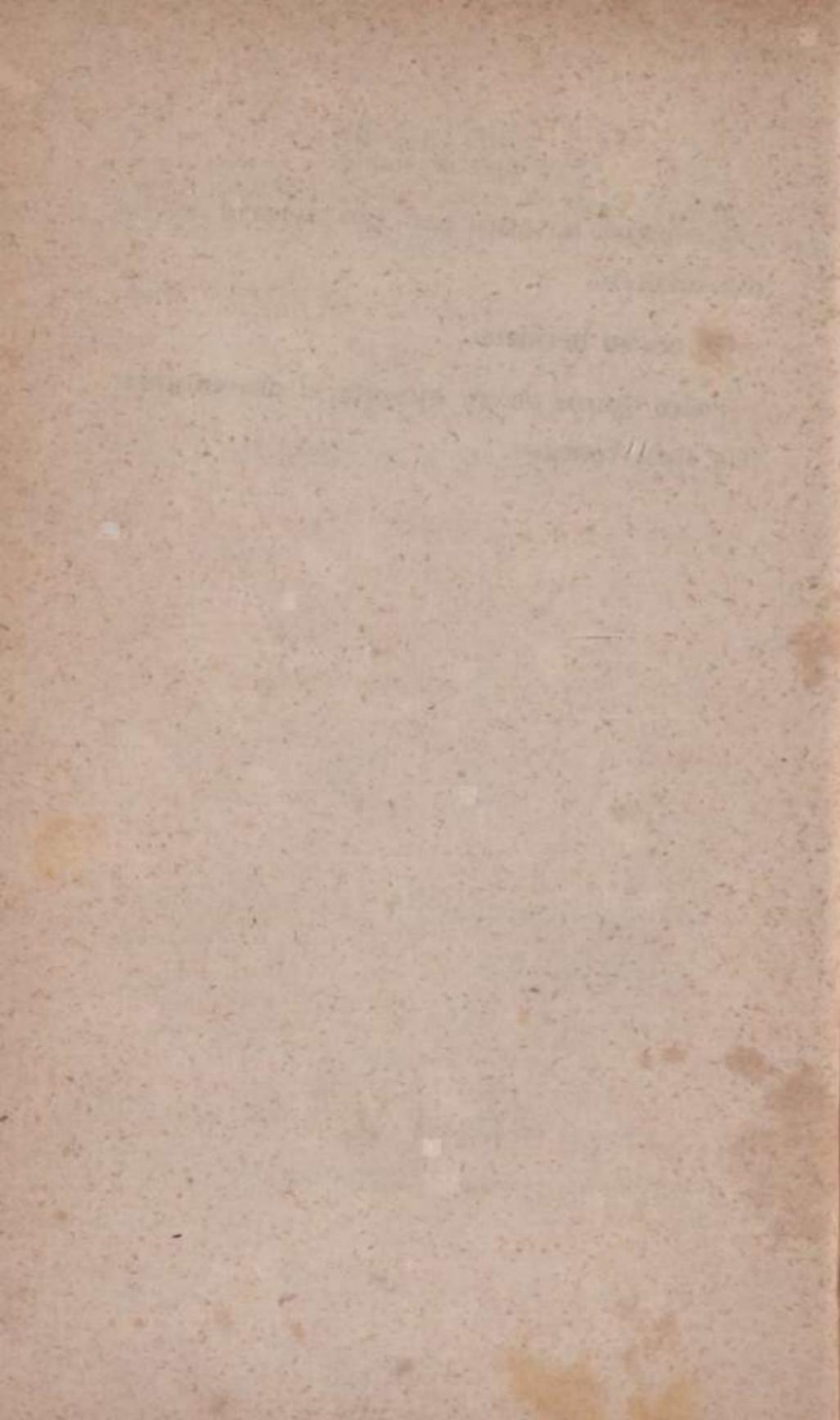
Nuestros lectores habrán comprendido que toda esta terrible y tenebrosa intriga procedia del malvado Barrabás, que por amor á Margarita se habia vuelto contra su señor.

Dada la situacion estraña en que se encontraban colocados por fatalidad Margarita y Pedro Qui-

rós, debemos terminar para con nuestros lectores este misterio.

No era su hermano.

Pedro Quirós no era otro que el desventurado Don Juan Venegas.



CAPITULO III

CONTINUAN LAS ACLARACIONES



I

Antes de seguir adelante, antes de entrar en la acción rápida que debe conducirnos al desenlace de este drama, digamos algunas palabras que expliquen el misterio sostenido hasta ahora.

Vengamos al momento en que el pobre Pedro Quirós entró en la cámara de su hermano en el castillo de Cadiar y se reveló á él.

Hasta ahora tenemos dos relaciones alteradas.

La que el mismo Don Juan Venegas habia hecho al Almirante y el relato anónimo que Barrabás habia hecho llegase á manos de Margarita.

El autor, que ha leído antiguos papeles que se ocupan de esta historia, sabe la relacion verdadera.

Héla aquí.

II

Don Juan Venegas reconoció en efecto á su hermano sintiendo que llegase en una ocasion en

que no tenia lugar para otra cosa que para despedirse de él.

— Pues partamos juntos, dijo Pedro Quirós.

— No, no, dijo sonriendo tristemente Don Juan; no quiero que me acompañeis en el largo viaje que voy á hacer.

— Yo os acompañaré hasta el fin del mundo.

— Es que yo voy al otro mundo.

— ¿Y qué importa? dijo Pedro equivocándose; yo tengo pensado ir á las Indias: iré antes.

— No son las Indias el viaje al otro mundo de que yo hablo, dijo repitiendo su sombría sonrisa Don Juan; yo no puedo ir á ninguna parte; el Almirante (Dios le perdone) me tiene tomados todos los pasos y no puedo escapar... sin embargo, escaparé por un punto que el Almirante no ha podido tomarme.

Y señalando un vaso de cristal que habia sobre una mesa y en el cual no habia reparado Pedro Quirós, añadió:

— Hé ahí la llave de la puerta por donde voy á escapar de la infamia.

Pedro Quirós comprendió entonces.

Tembló y se cubrió de un sudor frio.

Permaneció por algunos segundos mirando con espanto aquel vaso que estaba lleno de un liquido rojo, y luego se puso pálido como un cadáver.

— Sí, es necesario, dijo Don Juan; mañana se descubrirá mi inocencia: yo confio en Dios, pero hoy yo no puedo evitar las iras del Rey; moriré, pero no á manos del verdugo.

— Vos no morireis, dijo con acento lugubre Pedro; vos no debeis morir.

— Me pesa la muerte por ella, dijo Don Juan, por ella solo.

— ¿Amais?

— Sí, amo, y soy amado por la hija de ese mismo hombre que se acerca á Cadiar para matarme.

— Yo no he amado aun, dijo Pedro á cada momento mas lúgubre; yo no he tenido mas que entretenimientos de un dia; amores de cortesanas... ¡Oh! ¡debe ser terrible! ¡terrible! ¡morir amando, morir sabiendo que la mujer que adoramos llorará por nosotros desesperada todas las lágrimas de su corazón, que morirá acaso!

— ¡Oh! ¡hermano! ¡hermano! exclamó aterrado Don Juan. ¿Conoceis al Almirante? ¿Os envia acaso el Almirante para que me desesperéis?

— ¡Ah! ¡no! ¡no! ¡pero quiero saber!... ¡oh! dejadme... me está dando vueltas la cabeza... no sé dónde estoy... vos no debéis, no podeis morir.

— ¡Oh! ¡la infamia!

— ¡Oh! ¡sí! ¡decis bien! ¡antes de ser infamados debemos morir!... ¡el verdugo!... ¡sentir sobre nosotros la mano horrible del verdugo que se apodera de nosotros, como el carnicero de una oveja, para degollarnos!...

— ¡Oh hermano !

— ¡ Vos os salvareis !

— ¡ No puedo !

— ¿ Qué no podeis ? ¿ y para qué me ha traído Dios aquí ?

— Vos no podeis nada.

— ¿ Creéis que nada puedo hacer yo por vos ?

— Todo lo que podeis hacer es morir conmigo acuchillando á las gentes que acompañan al Almirante; yo habia pensado en defenderme; si, este castillo es fuerte; mis criados valientes y leales; pero medité y comprendí que no podia lograr otra cosa que producir un inútil derramamiento de sangre; comprometer á mis pobres criados que defendiéndome se rebelarian contra el Rey y serian castigados á muerte: ¡ no, no Dios mio ! ¿ A qué mas victimas que la victima sentenciada ? Dios me tocó el corazon y renuncié á defenderme; entonces llamé al boticario de la

villa y á peso de oro le compré un veneno que me libertará de la infamia.

Y Don Juan señaló el vaso que estaba sobre la mesa.

III

Volvió á cubrirse de sudor frio Pedro Quirós.

Adelantó hácia la mesa y tomó el vaso.

— ¿Qué haceis? dijo Don Juan: ¿vais á verter ese licor terrible, el único medio que tengo para librarme del verdugo que se acerca?

— Este licor debe ser terrible, dijo Pedro Quirós.

— ¡Oh! ¡sí! exclamó D. Juan que estaba páj

lido como un difunto; el boticario me ha dicho que mata con la celeridad del rayo: pero dadme ese vaso.

— Esperad, dijo Quirós poniendo el vaso sobre la mesa: ¿nada teneis que encargarme?

— ¡Oh, sí! exclamó D. Juan: procurad ver á la hija del Almirante, á Margarita.

— La veré.

— Sí... ella sabrá lo inmenso de vuestro amor, yo os lo aseguro.

— ¡Oh! gracias, hermano mio... y oid, como sois enteramente semejante á mi...

La voz de Don Juan era trémula al pronunciar estas palabras.

— Os aseguro, se apresuró á decir Quirós, que esa señora no me amará.

— ¡Oh! tendria celos en la tumba.

— No tendreis celos... pero olvidais algo, her-

mano mio, y esto no es estraño : lo disculpa la situacion horrible en que os encontrais.

— ¿Y qué es lo que olvido?

— Que soy vuestro hermano y que quiero llevar el nombre de mi familia... reconocedme, pues.

— ¡Oh! ¿y cómo? seria necesario llamar al escribano de la villa, y estoy seguro de que no tenemos tiempo : me parece que siento los pasos del Almirante y del verdugo.

— Escribid... una declaracion vuestra escrita por vos, es bastante.

— ¡Oh! ¡bien! exclamó Don Juan.

Y se fué á una papelera, la abrió, se sentó en su sillón y se puso á escribir.

Habia quedado de espaldas á Pedro Quirós.

Entonces este se persignó y oró con la cabeza inclinada.

Luego levantó los ojos al cielo, y al fin tomó el vaso, le acercó á sus labios, y apuró sin vacilar el tósigo que contenia.

Dejó el vaso sobre la mesa.

IV

—Me parece, dijo, que es inútil que escribais mas, hermano.

—¿Y por qué? dijo Don Juan volviendo la cabeza.

—Porque yo para nada necesito mi nombre, puesto que tengo el vuestro.

—¡Que teneis el mio!

—Sí; puesto que somos de tal manera pareci-

dos, que cuando me encuentren me tomarán por vos.

— ¡Qué habeis hecho! gritó de una manera desesperada Don Juan, viendo sobre la mesa el vaso vacío.

— ¿Qué importo yo? exclamó Pedro Quirós: ¿Quién soy yo... quién me conoce?... ¡Bah! Vivid, hermano, vivid para el honor del nombre de nuestro padre, para vuestro amor.

— ¡Hermano! ¡hermano! ¡tú estás pálido, lívido!

— ¿Estais seguro de que no os han engañado? ¿De que lo que habia en ese vaso era ponzoña?

— ¡Sí, desgraciado, sí!

Es que yo no siento dolor alguno... nada... nada mas que pesadez en los ojos... sueño.

— ¡Es que ese sueño, desgraciado, es la muerte!

— ¡Ese sueño de que no se despierta! exclamó Pedro Quirós; ¡oh! ¡gracias, Dios mio! ¡yo habia

temblado, porque creia que iba á padecer horriblemente!... ¡Oh! no, no; hermano, hermano... ¡Calla! ¡acudirian con remedios! ¡querrian salvarme.

— ¡Oh! la salvacion es imposible... imposible... yo te he asesinado... yo no he debido decirte... ¿quién habia de creerlo?

— Yo nada dejo en el mundo... tú... tú... es necesario que vivas para deshacer esa infamia... esa calumnia... porque es una calumnia, sin duda, la que te ha puesto al borde de la tumba: no, yo sé que la sangre que corre por mis venas, no es sangre de traidor, y esa sangre es la tuya...

La voz de Pedro se hizo mas ronca y menos inteligible.

Era semejante á la de un hombre que se adormece hablando.

Vaciló, y su hermano, á quien el terror le cortaba la palabra, le sostuvo.

Un sillón recibió el cuerpo inerte de Pedro.

Luego sus ojos se fueron cargando mas y mas.

Miró débilmente á su hermano, sus ojos se enturbiaron, se cerraron al fin.

— ¡Ah! ¡yo estoy maldito de Dios! exclamó Don Juan, no he conocido á mi hermano mas que para matarle.

Y cayó de rodillas.

Un momento despues se alzó.

Acudió desencajado, livido, horrible, como un cadáver, á su hermano.

Pedro estaba inmóvil.

Le reconoció con ansia.

Empezaba á ponerse rigido.

Su corazon no latia.

En vez de pálido estaba rojo, casi livido, y sudaba copiosamente.

Tenia, en fin, todos los signos exteriores de la congestion cerebral.

V

Don Juan estaba poco menos inmóvil que Pedro.

Poco menos difunto que él.

De improviso se oyó á lo lejos, viniendo de abajo de entre las quebraduras de la montaña, repetido por los ecos, son de trompetas y atambores.

— ¡Oh! el Almirante, exclamó Don Juan.

Y se alzó como un valiente corcel de batalla que siente el clarín del enemigo.

Corrió á una ventana y miró.

Allá abajo, por el áspero camino que serpeaba trepando hácia la villa, vió relucir armas.

Debian tardar al menos una hora en llegar.

El áspero sendero, que tal debía llamarse al camino de Cadiar en aquellos tiempos, hacia uno y otro recodo, uno y otro zic-zac al rededor de la peña sobre la cual se asienta la poblacion.

Don Juan cerró por dentro con llave la puerta de su cámara.

Luego se acercó á su hermano.

Lo contempló.

Habia dejado de sudar.

La palidez cadavérica empezaba á amortiguar el rojo color de la congestion.

Estaba frio.

VI

Don Juan permaneció por algun tiempo inmóvil, contemplando aterrado á su hermano.

Luego dijo con una calma espantosa.

—Lo que voy á hacer es horrible : ¿pero no ha apurado él el sacrificio? ¿á qué hacerle inútil? ¡Si, si; es necesario, como él decia, salvar de la deshonra el apellido de nuestra familia! ¡Es necesario que Margarita no muera! ¡Oh! ¡moriria si muriese yo! ¡y yo he tenido miedo de que este mártir me hiciese traicion, prevaliéndose de su semejanza conmigo!... ¡Oh, qué semejanza, señor! ¡Siento frio en el alma! ¡me parece que estoy contemplando mi propio cadáver!

Y Don Juan se estremeció de los pies á la cabeza.

— ¡Así no dudará, no! ¡creerá que él es yo! Sí, los criados que le han visto no han podido juzgar de esta terrible semejanza; venia completamente desfigurado... ¡ Ah! ¡ poniéndole mis ropas!... ¡ tomando yo las suyas!... ¡ aprovechándome de sus narices postizas!...

Don Juan volvió á estremecerse.

Las trompetas y los tambores sonaban mas cerca.

Un pavor de distinta especie se apoderó de Don Juan.

Parecióle que entraba el Almirante.

Que lo acompañaba el verdugo.

Que aquel horrible hombre rojo se apoderaba de él.

Que le arrastraban á la plaza.

Que allí delante de una multitud aterrada,

asombrada, le leían una sentencia infamante en que le condenaban á muerte por traidor.

Que luego el cuchillo...

En su espanto se sobrepuso á todo.

Se olvidó de que aquel noble cadáver era el de su hermano, que sin haber tenido tiempo mas que para conocerle, sin amarle, se habia sacrificado por él.

Del pobre hijo de la locura y del adulterio, que habia vuelto con el sacrificio de su vida por el honor de su familia, que le ignoraba ; por la vida de su hermano, que no le conocia.

Don Juan temblaba : se apegaba á la vida, se acordaba de su hermosa Margarita...

Y atropelló por todo.

Profanó aquel pobre cadáver.

Le asió y le desnudó.

Luego se desnudó él mismo.

Se puso las ropas de su hermano.

Y todo esto de una manera febril, con una rapidez espantosa.

Despues, llegó hasta lo último de lo repugnante.

Vistió las ropas de que se habia despojado al cadáver.

Y cuidó de que aquellas ropas no revelasen que el cadáver habia sido vestido despues de la muerte.

Para todo esto le habia tendido sobre una alfombra.

Cuando tuvo perfectamente vestido á su hermano, le asió, le levantó y le puso en el sillón.

El pobre Pedro quedó en una actitud tal, que parecia dormido.

Don Juan parecia loco.

Pero lentamente la espresion de esta locura fué dejando su lugar á una calma fria, terrible.

Contempló á su hermano y sonrió de una manera espantosa.

La semejanza era perfecta.

— Gracias, hermano, dijo acercándose á él; ¡gracias!

Y le besó en la frente.

Cuando se alzó de aquel beso supremo, quien le hubiese visto se hubiera asombrado.

Don Juan habia dejado de ser el hermoso y simpático jóven de otro tiempo.

Habia contraído el aspecto feroz, que debia aterrar á los caminantes de Andalucía que se encontrasen con el formidable Pedro Quirós, con el capitan de los Diez Compadres.

Don Juan se había trasformado.

Entonces con un acento semejante á un rugido de tigre hambriento, exclamó.

— Yo te juro vengarte, hermano, no solo en el Almirante, sino en todo el género humano.

Y yendo á su papelería y tomando de ella el papel que había empezado á escribir, la cerró.

Luego buscó las narices postizas que Pedro había arrojado, las encontró y las guardó en uno de los bolsillos.

En aquel momento sonaron ya en la entrada del pueblo las trompetas y los tambores.

VII

Don Juan se fué á un ángulo de la cámara, abrió una puerta secreta perfectamente oculta entre la tapicería, y desapareció por ella cerrándola tras sí.

El cadáver de Pedro quedó sobre el sillón y apareciendo como dormido.

Media hora despues sonaron precipitados y fuertes golpes á la puerta de la cámara.

Nadie contestó, porque nadie podia contestar.

Entonces se oyó una voz ronca é imperativa, la voz del Almirante que gritó :

— Abrid al Rey nuestro señor.

Sucedió el mismo silencio.

La intimacion se repitió otras dos veces.

Por último, la voz del Almirante gritó :

— Echad esa puerta abajo.

Poco despues se oyó el ruido de las hachas que rompian la puerta.

A los pocos golpes, esta se abrió con estruendo, y el Almirante se precipitó en la cámara seguido de una nube de ministros de justicia.

Al ver á un hombre inmóvil y como dormido, sobre un sillón, retrocedió.

— Qué es esto ! dijo.

Se acercó un alguacil y movió rudamente al cadáver creyéndole un hombre dormido.

El cadáver, perdió el punto de equilibrio, se balanceó y cayó al suelo.

— ¡ Muerto ! exclamó el Almirante haciéndose atrás aterrado.

Estábanlo todos los que allí se encontraban.

— ¡ Ah ! dijo al fin reprimiéndose el Almirante : se ha dado la muerte para evitar el castigo de la justicia : ¿ qué importa ? no se librará de la infamia de que se ha cubierto como traidor.

El Almirante hablaba así de buena fe del hombre con quien pocos días antes, ya lo sabemos, había querido casar á su hija.

Aquella boda habia colmado los deseos de Don Juan Henriquez, porque Don Juan Venegas era muy rico y muy noble.

Era rico, es verdad : pero los Venegas descendian en línea recta de los reyes moros de Grana-

da, y la sangre noble mora no dejaba de ser considerada como noble y muy noble por los cristianos por no estar bautizada.

Don Juan Venegas, esta era la verdad, descendía de reyes.

Don Pedro de Granada y Venegas, primo del Rey Chico de Granada, é infante por lo tanto entre los moros, habia sido declarado infante de Castilla por los Reyes Católicos.

Pero en el momento en que aquel noble señor habia aparecido desleal al Rey, el Almirante habia cambiado en odio y enemistad el afecto que le habia profesado, y se hubiera creído indigno de su prosapia si no le hubiera tratado como á un traidor.

Por eso él mismo solicitó se le concediese la honra de prenderle y hacer ejecutar la sentencia del Rey contra aquel villano.

VIII

Lo demás que el Almirante hizo, ya lo sabemos.

Don Juan lo presenci6 todo desde el desvan de la gran torre de su castillo.

Hasta el cementerio de la villa se veia desde all6.

Don Juan vi6 sin conmoverse todo aquel horror.

Podia decirse que estaba loco.

IX

Llegó la noche; una noche sombría, tempestuosa, tenebrosa.

Don Juan permaneció en el desvan delante de la saetera con la mirada fija en la direccion de la humilde tumba en que habia caido el cuerpo de su hermano.

Y á pesar de las tinieblas creia ver aquella tumba.

Le parecia que de ella se levantaba luminosa, pero con un resplandor pálido, la sombra de su hermano, que le miraba y le decia :

— ¿Qué importo yo, hijo sin padres, hombre sin nombre? ¡vive tú, descendiente ilustre de

una preclara generacion! salva el nombre de mi familia, de una familia que no he conocido sino para morir por ella de una manera oscura, sin que nadie conozca mi heróico sacrificio! ¡salva á la mujer de tu amor, que morirá si tú mueres!

Y por los ojos que veian lo que no existia, se le entraba en el alma á Don Juan el tristísimo, el apenado semblante de su hermano.

Y de improviso veia que aquel cuerpo no tenia cabeza, y buscaba aquella cabeza, y la creia ver en otra direccion, en el fondo de la espesa sombra de la noche.

Y así pasó la mitad de ella para Don Juan, terrible, fantástica, espantosa.

X

Dieron las doce en el reloj de la villa.

Las campanadas de la media noche, resonaron para Don Juan como el doble por un difunto.

Sintió miedo en el desvan.

Buscó á tientas las escaleras, las encontró, las bajó.

Cuando llegó á su pie, escuchó detrás de la puerta secreta.

Reinaba en la cámara un silencio profundo.

Abrió la puerta, y la volvió á cerrar inmediatamente.

Habia visto luz.

¿Quién podía estar allí?

Don Juan abrió de nuevo y silenciosamente la puerta secreta, lo bastante para poder ver.

Entonces vió en un lecho un hombre que dormía tranquilamente.

Oyó un ronquido.

Un ronquido que revelaba á un hombre ordinario.

Porque tambien en la manera del ronquido hay mas ó menos distincion.

Nadie mas habia en la cámara.

XI

Don Juan abrió mas la puerta, avanzó la cabeza y escuchó.

Fuera de aquel ronquido persistente nada se oía.

Don Juan vió sobre la mesa, un haz de gruesas llaves.

Eran las del castillo.

¿Quién las habia puesto allí, y por qué?

Sin duda al hombre que dormia, le habian dejado allí de guardia.

¿Estaba solo?

Importaba saberlo.

Porque Don Juan necesitaba salir.

Adelantó, pues, resuelto á todo.

Si el dormido al despertar gritaba, una puñalada le cerraria los labios para siempre, y Don Juan podria ganar de nuevo su escondite.

Se acercó, pues, y movió bruscamente al dormido, que despertó sobresaltado.

Por el momento, sus ojos turbios por el miedo

nada vieron, pero cuando pudo fijar su mirada y juzgar, dió un grito de espanto.

Creyó que se le aparecía el caballero descabezado, y dijo con la agonía del terror.

— ¡Qué quereis! ¡ por qué se me os apareceis! ¡ y qué os he hecho! si sois un alma en pena, buscad de lleno al Almirante, ¡ yo no soy mas que un alguacil!

Y se persignaba á toda prisa.

— Tranquilizate, dijo Don Juan: yo, no soy un alma en pena: yo soy Don Juan Venegas.

— ¡ Jesús, Maria y José! exclamó medio muerto de espanto el alguacil: decís que sois...

— Sí, yo soy Don Juan Venegas.

— ¡ Pero no habeis muerto!

— No: han ajusticiado al diablo que habia tomado mi figura.

— ¡ Oh Dios mio! exclamó el alguacil, que estaba desencajado.

— Respóndeme, si no quieres que te suceda una desgracia, dijo con acento amenazador Don Juan.

El alguacil miró con el paroxismo del terror á Don Juan.

— ¿Estás solo? dijo este.

— ¡Sí, señor, si, solo por desgracia! dijo el alguacil.

— ¿Y mis criados?

— Los han echado del castillo: lo han embarcado todo, y me han dejado de guardia.

— ¿Y mis caballos?

— Se los han llevado.

— Nada queda aqui, pues, mas que los muebles.

— Mañana no habrá nada.

— Mañana encontrarán algo mas que los muebles, dijo Don Juan.

Y asiendo de improviso por la garganta con las dos manos al alguacil, se la apretó sin piedad.

El misero hacia esfuerzos desesperados é inútiles para librarse de aquellas manos que le estrangulaban.

— Muere, decia Don Juan, que convertido ya en una fiera, empezaba á devorar por aquel miserable alguacil: es necesario que tu lengua no pueda decir que tus ojos me han visto: podrian sospechar, podrian desenterrar el cadáver... encontrar alguna diferencia... es necesario que nadie sepa que yo existo... muere.

Y aquel horrible trabajo, el trabajo del asesinato, duró algunos momentos.

Los ascendientes de Don Juan, que estaban representados en grandes retratos en la cámara, se hubieran avergonzado si hubieran podido avergonzarse.

Don Juan ya no era el mismo.

Habia pasado por el horror y la muerte.

XII

El horrible trabajo del asesinato duró algunos minutos.

Al fin el alguacil dejó de oponer resistencia.

Don Juan, sin embargo, siguió oprimiéndole la garganta.

Al fin le soltó y el desgraciado cayó muerto sobre aquel rico lecho de que se había apoderado con placer, sin sospechar que sería su lecho de muerte.

Don Juan permaneció contemplándole algún tiempo.

Se convenció por último de que de hecho no era mas que un cadáver.

Luego, con una horrible sangre fria, fué á su papelera donde tenia dinero y alhajas.

Las llaves habian desaparecido.

Don Juan forzó la puerta de la papelera con su puñal.

Entonces vió que allí no habia ni oro ni alhajas.

— ¡ Miserables ! ¡ infames, ladrones ! exclamó : ni dinero ni caballo : ¡ oh ! bien muerto está ese bandido, y todos estarian bien muertos si á todos hubiera podido ahogarlos como á él : pues bien ; ya que me habeis dejado pobre, señor Rey, Rey imbécil, que has creido lo primero que te han dicho de un noble vasallo, que ha vertido su sangre por tí ; ya que le has condenado sin oírle, ya que le has confiscado sus bienes, yo volveré á hacerme rico á costa de tus cobardes vasallos... yo te lo juro.

Parecia como que D. Juan presentia ya que

iba á llegar á ser capitán de los Diez Compadres de Andalucía.

XIII

Luego tomó del haz de llaves del castillo, la de un postigo que daba á un barranco solitario, y alumbrándose con la lámpara de mano que estaba sobre la mesa, salió de la cámara á sus galerías, bajó al patio, se metió por una galería, bajó otras escaleras y á su fin abrió un postigo.

Salió, cerró y arrojó la llave al torrente que corría por el fondo del Tajo.

Luego descendió por un sendero escarpado que conocía bien.

Por la mañana estaba en un lugar intrincado de las Alpujarras, en el mismo lugar donde al-

gunos días despues encontró á los Diez Compadres de Andalucía, de los cuales se hizo capitán á costa del gitano Ponzóna.

Aquella misma noche, yendo á quitar del palo donde estaba puesta la cabeza de su hermano, encontró á su fiel enano Barrabás, al hombre que le habia visto nacer.

CAPITULO IV

EN QUE CONTINUAN LOS EXTRAÑOS SUCESOS DE ESTA VERIDICA
HISTORIA

I

No tardaron en encontrarse los Compadres mucho mejor con Don Juan (seguimos llamándole con su propio nombre, puesto que ya se ha descorrido el misterio), que con el gitano Ponzña.

Don Juan era mucho mas feroz que aquel.

Como que tenia interés en que nadie le conociese.

Y para que no le conocieran, mataba á todos los que encontraba.

El terror se habia puesto de todo punto de parte de los Diez Compadres.

Y luego, segun su espresion, trabajaban mucho mas con el señor Pedro Quirós, como élles habia dicho se llamaba, que con Ponzoña.

Cuando Ponzoña habia dado un buen golpe, permanecia ocioso hasta que se le acababa el dinero, en Granada, donde no le conocian y donde se daba una alegre vida.

Pero Don Juan no entraba jamás en poblado, ni descansaba nunca.

Parecia que tenia una sed y un hambre insaciable de dinero.

Como que Don Juan habia dicho para sí:

— El dia en que yo vuelva á ser rico, me iré á Italia con Margarita.

Y le aquejaba el hambre de tenerla suya.

II

Para Margarita existia solo Don Juan.

Solo para Margarita no habia cambiado.

Don Juan habia vuelto á verla en el momento en que se habia visto capitan de nueve fieras.

De antemano habia ido Barrabás á Granada con encargo de hacer saber á Margarita por medio de una doncella de confianza, que no habia muerto á pesar de lo que decia todo el mundo y

de lo que en Cadiar habia sucedido; y para saber además, si ella se habia tornado enemiga suya como su padre.

Barrabás volvió con la noticia de que la señora no estaba en su casa del Albaicin.

Que el Almirante se la habia llevado á su casa de la Vega, para que sus conocimientos de Granada no pudieran decirla de qué manera habia perecido el hombre de su amor, su prometido.

Que los criados de la caseria habian sido elegidos de los pueblos inmediatos, donde no habia llegado la noticia de la muerte de Don Juan.

En fin, que Margarita lo ignoraba.

III

Don Juan, pues, fué á situarse con su gente en la Sierra, cerca de la casería, y tomó posesion de la abandonada atalaya de Moclin.

Mari-Perez, doncella campesina de Margarita, fué abordada por Capuchin, que se puso en inteligencia con ella para procurar una entrevista secreta con Margarita á su amo.

IV

Margarita recibió por Mari-Perez una carta de su amado.

« Mi adorada Margarita, decia aquella carta.

» Nuestra felicidad se ha negado por ahora en el carácter terrible de vuestro padre.

» Hemos tenido una disputa que yo no he provocado ciertamente, en la cual he procurado ceder por nuestro amor.

» No sé como se cruzó entre vuestro padre y yo una conversacion sobre genealogías.

» Y vuestro padre se mostró duramente despreciativo con la nobleza que proviene de la nobleza árabe.

» Nunca se me habia mostrado así; pero de una manera inesperada, cuando tratábamos de fijar el dia para nuestro ansiado enlace, me dijo estas breves palabras :

— Los Señores Reyes Católicos, tuvieron á bien conservar su alta nobleza á vuestro abuelo el Infante de Granada Don Pedro Venegas.

» Estos reinos le aceptaron, dejaron se iguala-

se con la suya la nobleza de los vencidos, la nobleza de los enemigos de Dios y de España, sometidos por el hierro y por el fuego. En buena hora, lo que todos reciben es necesario recibirlo, pero tened en cuenta, que al daros mi hija os hago merced, porque de nobleza á nobleza, ante la de de los Henriquez, la misma nobleza del sol cede.

» Yo callé.

» Le di la razon.

» Pero de mi semblante, cuya espresion no pude contener, apareció sin duda algo que enojó á vuestro padre, porque me dijo :

— No os conocia y creia que valiais mas de lo que valeis.

» El hombre que siente una cosa y dice otra, no es digno de estimacion.

» Os perdonaria si hubiéseis disputado conmigo, aunque hubiese sido agriamente, aunque

hubiéseis puesto contra mí la mano en la empuñadura de vuestra espada.

» Pero sentir una cosa y decir otra, es una villanía que no os perdono.

» Lo mismo puede acontecer tratándose de mi hija. ¿Quién sabe si es el amor lo que os hace desear uniros á ella, ó la ambicion de aumentar vuestra nobleza y vuestra hacienda uniendo mi sangre con la vuestra?

» No pude contenerme, mi adorada Margarita, y dije no sé qué cosas que quisiera no haber dicho, pero ya no tiene remedio, nos ha sobrecogido la desgracia y es necesario bajar la cabeza y esperar á que pase el enojo de vuestro padre.

» Yo cuento con vos, como vos podeis contar conmigo, que nada nos separe, nada sino la muerte.

» Y aun así, en el otro mundo podremos unir-

nos, porque yo creo que las almas que han nacido para amarse, se aman hasta en la eternidad.

» Nada digais á vuestro padre, ni una sóla queja.

» Podria rodearos de guardianes é impedirlos que nos viéramos.

» Por el contrario, mostraos todo lo indiferente que podais.

» Asi vuestro padre confiará mas.

» Es posible os diga alguna otra excusa para justificar el rompimiento de nuestro concertado enlace.

» Haced como que lo creeis.

» Haced mas, mostraos tan enojada contra mí como vuestro padre.

» Esto nos conviene.

» Pero yo no puedo vivir sin veros, sin hablaros.

» Decid á vuestra doncella, que os dará esta carta, cómo podré llegar yo hasta vos en medio de la noche sin temor de ser sorprendido y de verme obligado á hacer algo que empeoraria nuestra situacion.

» Creed que si vos sentís lo que sucede, no lo siento yo menos, y guardad siempre vuestro corazon para vuestro desventurado Don Juan. »

V

Sin saber cómo, esta carta, suponiendo una causa, el rompimiento de relaciones entre el Almirante y Don Juan Venegas, respondia á la escusa que habia dado el Almirante á su hija.

— Es necesario que te olvides de él, le habia dicho; ese hombre no te amaba, lo que queria era acrisolar su nobleza y meterla completamente entre la castellana uniéndose á nosotros.

Yo velo por tu felicidad, y tu felicidad era imposible con ese hijo de moros que al fin habia demostrado la mala sangre que le alienta.

Olvidate de él, yo te buscaré un buen marido que nada tenga que ver con la maldita raza sarracena.

Margarita se sintió como herida por un rayo.

Pero no contestó una sola palabra.

Conocia demasiado á su padre.

Acusó la funesta hora en que habia nacido.

Lloró mucho en silencio, encerrada en su cámara.

Pero delante de su padre y por no empeorar la situacion, alentando la esperanza de que pa-

saria aquello, hizo lo que Don Juan la aconsejó despues en su carta.

Se mostró indiferente.

VI

Cuando recibió la carta de Don Juan, su corazón se inundó de alegría.

A lo menos, no podia dudar del amor del hombre á quien adoraba y de que, por ella, lo sufría todo.

Porque Margarita conocia harto bien á Don Juan para no tener duda de que si otro hubiera provocado á Don Juan como por la carta aparecia haber provocado á Don Juan el Almirante, hubiera sobrevenido una cosa terrible.

Margarita tomó la pluma y contestó á Don Juan:

« Gracias á Dios, señor mio, he salido de la horrible duda que me mataba.

» Mi padre me habia dicho que nuestro casamiento estaba deshecho, y vuestro largo silencio me hacia creer que á vos os era de todo punto indiferente lo que acontecia.

» Ya por vuestra carta veo que no es así, y os doy las gracias por haberme conservado la vida, porque si vos me hubiérais olvidado, no hubiera yo tardado en morir.

» Si vos deseais verme, no lo deseo yo menos.

» Confio en vuestro honor y no dudo en avisaros una cita para esta noche, á las doce, al fin de la larga alameda que empieza detrás de nuestra casa y que llega hasta un postigo de la cerca.

» Esperad junto á ese postigo esta noche á las doce.

» Yo iré; vuestra esposa,

» la desventurada MARGARITA. »

VII

Y así pasó un año.

Margarita bajaba todas las noches á las doce acompañada de Mari-Perez al jardin, y del jardin, por una puertecilla cuya llave se había procurado, pasaba á la alameda, llegaba al postigo de la cerca cuya llave tenia tambien, abria, entraba Don Juan, y los dos amantes pasaban la noche hasta cerca del amanecer en dulces coloquios.

Los perros nada veian, ó mejor dicho, no ladraban, porque el estraño que entraba en el cercado estaba acompañado de su ama.

En las noches crudas de invierno, los amantes se veian en la casilla de un guarda que es-

taba en el secreto y á quien se pagaba bien para que le guardase.

Pero aunque los amantes contaban con una gran libertad, nada impuro, nada que pudiese haber ofendido el menos delicado recato, habia tenido lugar.

Al fin, una noche, Don Juan dijo á Margarita:

— Hasta ahora he callado y he sufrido.

Pero ya no puedo sufrir y callar mas.

Es necesario que me sigais.

— ¿Seguiros yo? exclamó con severidad Margarita... ¿Es decir que me proponeis que yo manche el honor de mi familia?

— Os quereis casar con ese conde de Fuen-Labrada, con ese miserable, con ese infame.

— Es que no me casaré, dijo Margarita, porque moriré antes de que eso suceda.

— ¡Yo no quiero que murais! exclamó Don Juan, si vos muriérais, yo me condenaria.

— Suceda lo que quiera, dijo Margarita; y aunque muramos los dos, no me vencereis á que yo deje mi hogar y os siga: no, mi padre tendria derecho para maldecirme; el mundo para despreciarme.

Don Juan, desesperado, apeló á todos los recursos de la pasion, pero inútilmente.

Margarita se mantuvo firme y declaró á Don Juan:

Que no solo no le seguiria, sino que no volveria á verle en aquellas citas solitarias, porque temia que un momento de locura la colocase en una situacion desesperada en que no queria encontrarse.

Despues de esto, Margarita huyó.

VIII

Al día siguiente, su padre la dijo se preparase á ser esposa del conde de Fuen-Labrada, á quien esperaba de allí á dos días.

Margarita no vaciló y declaró con firmeza á su padre que podría hacer de ella lo que mejor le pareciese.

Pero que no habiendo podido casarse con Don Juan Venegas, no se casaría con otro.

El Almirante montó en cólera, llegó hasta el caso extremo de levantar su mano á su hija, é irritado por su firmeza, la encerró aquel mismo día en el convento de Santa Isabel la Real, donde era monja una hermana mayor.

IX

Margarita ni aun-tuvo tiempo para avisar á Don Juan.

Pero este lo supo todo, porque tenia buenos escuchas en la casa del Almirante.

Debemos decir que Margarita no sabia, ni aun podia presumir, que Don Juan fuese el terrible capitan de aquellos Diez Compadres, que eran el espanto de la Vega y de los pueblos de la montaña.

Lo demás que aconteció, lo sabemos ya.

CAPITULO V

DE CÓMO DON JUAN EN SU DESESPERACION LLEGÓ HASTA
EL INTENTO DEL SACRILEGIO



I

No habia perdido, sin embargo, Margarita la esperanza, porque los bien enamorados no la pierden jamás.

Habia sabido la muerte del conde.

En el primer momento, se habia nublado su alma, porque creyó, como era natural, que Don Juan habria sido el autor de aquella muerte.

Pero cuando supo que el Conde habia perecido á manos de los Diez Compadres, se tranquilizó.

¿Qué tenian que ver, en la creencia de Margarita, los Diez Compadres con Don Juan Venegas?

Cuando recibió noticias de este, cuando supo que solo con subir á la torre de la Iglesia del convento, podia verle en el huerto de la casa inmediata, vivió mejor, esperó mas.

Pero cuando recibió la terrible carta del malvado Barrabás ;

Cuando no pudo tener duda de que Don Juan Venegas habia muerto ;

Cuando creyó, porque no podia menos de creerlo, á no ser que creyese que habia ido á buscarla el alma en pena de Don Juan Venegas, que aquel hombre con quien habia hablado du-

rante un año era un hermano natural de Don Juan Venegas, un hermano suyo, el corazón de Margarita se desgarró, se deshizo en lágrimas de sangre.

Se horrorizó de si misma.

Y juró matar aquel amor funesto que hacian imposible la sociedad y la religion.

No podia darse una criatura tan desventurada como Margarita, á no ser Don Juan que participaba de la misma desventura.

No se esplicaba Don Juan, porque no podia esplicárselo el silencio de Margarita.

Las cartas que le escribia no eran contestadas.

En vano miraba las celosias de la torre.

Su espesor no le dejaba percibir la forma de Margarita, que desesperada tambien, contemplaba á aquel hombre que la daba horror y al cual, sin embargo, la arrastraba su destino.

II

Esta era la situación terrible en que se encontraban colocados los dos amantes por la traición de Barrabás.

Este no había parecido.

En vano, Don Juan, como de una manera vaga veía algo terrible en la desaparición de Barrabás que disponía de todos sus secretos, había mandado á los Diez Compadres que estaban en la Sierra que le buscasen.

Barrabás no parecía.

Margarita seguía recibiendo una y otra terrible carta anónima que empeoraba mas y mas, la situación de su espíritu.

Así estaban las cosas.

El Almirante, irritado por la desgracia que habia sobrevenido á su familia, herida su conciencia por la certidumbre de que obedeciendo de una manera ciega al Rey habia sido cruel, terrible con un hombre á quien habia amado por sus buenas prendas se habia hecho feroz, se habia negado á todo trato, y respecto á su hija habia mandado se la obligase á ser monja.

Margarita, que habia defendido hasta entonces su amor á Don Juan, no le defendió ya, y declaró que seria con placer monja y cuanto antes.

III

Don Juan lo supo esto con desesperacion y escribió á Margarita que no lo consentiria y que llegaría hasta lo horrible para evitar que tal cosa aconteciera.

Pero esta cosa aconteció.

Habian pasado un año doloroso, un año de agonía, amándose mas que nunca. Margarita y Don Juan, horrorizada esta de su amor porque creia su hermano á Don Juan.

Y desesperado Don Juan, porque atribuia al silencio, á la indiferencia de Margarita á una causa bien estraña.

Porque no hay nada mas extraño que las insensatas suposiciones de los celos.

Para Don Juan era innegable.

Margarita no le habia amado.

Margarita le habia burlado.

Margarita, al querer casarse con él, no habia pensado en otra cosa que en hacer un buen casamiento.

¿Por qué no le habia seguido dada la obstinacion de su padre por casarla con el Conde de Fuen-Labrada?

¿Por qué habia consentido en entrar en un convento.

Don Juan se lo esplicaba esto tambien de una extrañísima manera.

Le parecia indudable que aquello del convento habia sido una farsa;

Que Margarita habia llevado á cabo esta farsa

para proteger al Conde, segura como debía estarlo de que él no habría de consentir en que aquel casamiento se realizase, que arrostraría por todo, y que el Conde sería muerto antes de que pudiera llegar á la posesion de Margarita.

¿Por qué, pues, si no, Margarita se había negado de todo punto á contestarle desde el momento en que había sido muerto el Conde de Fuen-Labrada.

IV

Margarita sin duda había adivinado que el autor de aquella muerte era él.

Y no había tenido valor para continuar representando su farsa.

La situacion era clara.

Se habia preferido al Conde de Fuen-Labrada por su rancia nobleza castellana, y por sus inmensas riquezas.

Esto no era otra cosa que el insensato casuismo de los celos.

Don Juan no podia, ni remotamente, presumir la causa del silencio de Margarita.

De aquel extraño silencio que le asesinaba.

Y cuando Don Juan supo que Margarita consentia en ser monja é iba á serlo, ya no tuvo duda.

Margarita estaba desesperada por la muerte del Conde.

Juró, pues, pegar fuego al convento, y arrancar de él á Margarita á despecho del Cielo y de la tierra.

No se detuvo ni un momento mas en Granada,

y se fue á la montaña á buscar á sus compañeros.

No se le habia ocurrido á Don Juan que aquel Barrabás que no parecia, del cual no se habia tenido noticias, podia ser la causa de aquella situacion absurda, inesplicable.

V

Desde el momento en que Capuchin supo de boca de Barrabás que en el palacio de la calle del Sauco, en el sótano, tenia la entrada una mina que correspondia á la huerta del convento de Santa Isabel la Real, por lo que interesaba á su amo, buscó en los sótanos aquella mina, ó mejor dicho, un lugar en la pared que le de-

mostrase una tapia, el cerramiento murado de una mina.

Pero nada encontró, absolutamente nada.

El muro de las cuevas era de esa durísima argamasa árabe, semejante por su dureza y por su cohesión á la roca.

Capuchin, armado de un pico, tocó por todas partes aquellos muros.

Y por todas partes los encontró compactos.

—Ese infame me ha engañado, exclamó. ¿Y para qué? ¿qué interés tenía en ello?

Capuchin se devanaba en vano los sesos.

No comprendía que Barrabás había sostenido aquella conversacion para saber, sin preguntarlo, dónde estaba Margarita.

VI

Desde el momento en que Don Juan se propuso robar del convento de Santa Isabel á su amada, mandó á Capuchin le siguiera, y abandonase aquella casa que para nada le servia, puesto que no se podia penetrar por ella en el convento á causa de haber interpuesta una callejuela.

Y á mas de esto, aunque por medio de una mina se hubiera podido llegar hasta la huerta del monasterio, nada se adelantaba no estando de acuerdo con Margarita, no acudiendo esta al huerto para escapar por la mina.

Don Juan no sabia cómo haria para robar á Margarita.

Pero estaba dispuesto á todo, aunque hubiera sido necesario incendiar el convento y batirse con el Capitan General, y con el Corregidor, y con toda la gente de guerra y de justicia de Granada.

VII

Llegó á la Sierra, y en la Rambla de la Sangre, cerca de Cadiar, encontró á su gente admirablemente dispuesta á todo.

Se detuvo con ella en un lugar espeso del monte, y allí les manifestó que estaba enamorado de la hija del Almirante;

Que esta iba á ser monja en Santa Isabel;

Que si esto acontecia la perderia, y que antes

de perderla, estaba resuelto á incendiar, si era necesario, no solo el convento, sino Granada, y que para esto, contaba con ellos.

No dijo tal cosa Don Juan á gente timorata y cobarde, sino á verdaderos demonios.

En aquella aventura que se les proponia, antes que el peligro, vieron la ganancia y se les halagó el amor propio, puesto que con una hazaña semejante, debia llegar al colmo la reputacion de los Diez Compadres, contra los cuales habian sido inútiles durante un año, todos los medios que habian estremado el Rey y la justicia.

La fama de estos bandidos habia aumentado hasta lo infinito.

Y ya nadie se creia seguro de ellos, ni en lo mas cerrado y fuerte.

Juraron, pues, todos á su capitán seguirle y ayudarle en lo que pretendia, aunque ayudándole encontrasen la muerte.

Don Juan se separó de ellos, les dijo que volvería muy pronto á buscarlos, y se volvió á Granada, yendo á habitar á la falda del cerro de Santa Helena, á una de las cuevas del barrio de Gitanos, que se llama el Ravel.

VIII

Apenas se habian dispersado los bandidos, cuando de detrás de un peñasco apareció un ser monstruoso.

Aquel ser era Barrabás, que sonrió de una manera horrible, dejando ver al sonreirse una dentadura blanca, aguda y afilada como la de una fiera.

— ¡ Ah! dijo, ¿conque dentro de tres dias profesa Margarita, y tú te propones pegarle fuego al

convento para arrebatarla de él. ¡ Bueno es saberlo ! ¡ Ah ! Barrabás hace muy bien en no perderte de vista. ¡ Ah ! la hermosa doncella te cree su hermano, y eso es obra mia. ¡ Ah ! el amor aconseja muy buenas cosas, tiene muy buen ingenio, ella se dejará matar antes que ser tuya, si es que te ayuda la suerte y logras apoderarte de ella ; ¿ pero por qué llevo yo un puñal á la cintura ? No, no ; no te apoderarás de Margarita ; los muertos no se apoderan de nada. Sin embargo, tal vez no me conviene matarte. ¡ Ah ! no ; no se sabe lo que acontece despues que se despacha á un hombre, que es como tú, dificilísimo de vencer.

« Puede haber ruido, sobrevendrá la justicia ; no, no. Lo primero es apoderarse de ella ; despues, despues... siempre hay tiempo. ¡ Pero ay de tí ! el enano, el monstruoso, el deforme, el miseráble á quien ninguna mujer ha amado, que no ha amado jamás, ama con toda su alma, no se dejará arrebatár su amor.

» Afortunadamente conservo tu Leal, tu buen bicho .

» Afortunadamente yo soy mas terrible que estos espantosos Diez Compadres, y tengo oro, mucho oro.

» ¿Qué importa la acusacion de la muerte de los que ha esterminado mi puñal, si ha caido sobre los Diez Compadres ? Los buscan á ellos... y á mí... no me busca nadie.

» Yo soy el salteador desconocido. ¡Vamos, Leal, necesitamos salir de la montaña antes de la noche.

¡ Yo te trato bien, sírveme bien ! »

Y montando en el generoso bruto se perdió á poco entre las quebraduras.

CAPITULO VI

DE COMO UN IMPÍO PUEDE ROBAR DE UN CONVENTO UNA MUJER
CUANDO ESTE IMPÍO ES UN BANDIDO RESUELTO A TODO



Barrabás llegó á la calle del Agua, se metió en un meson, dejó en él su caballo, cenó, salió de nuevo, llegó á la Plaza larga y metiéndose por la Puerta nueva fue á parar al poco tiempo á la calle del Sauco y delante del palacio que acaba-

ban de abandonar Don Juan, Capuchin, y Mari-Perez.

La calle estaba completamente solitaria.

Las puertas y las ventanas de las casas cerradas y no habia peligro de que pasase por alli nadie á causa de lo escusado de la calleja, por la cual aun de dia, fuera de los vecinos, apenas pasaban algunas personas.

II

Barrabás, cuyas fuerzas eran formidables y que estaba dotado de una estremada agilidad, se agarró con manos y pies á las asperezas del muro y trepó al balcon, que estaba situado encima de la puerta, con la misma facilidad con que hubiera podido trepar un lagarto.

Luego desencajó las maderas como un niño hubiera podido romper las puertas de carton de una casa juguete.

Penetró y se encontró en un espacio densamente oscuro.

Buscó á tientas una puerta y entró en otra habitacion de la que salió del mismo modo.

Llegó al fin á una galería que daba sobre el huerto.

Allí sacó del bolsillo una bolsa de cuero; de ella eslabon, pedernal y yesca; hizo fuego, encendió una pajueta de azufre y con ella una linterna de ronda que llevaba colgada de la cintura.

Desde allí nadie podía ver aquella luz porque las tapias del huerto eran muy altas, á no ser desde la torre del convento de Santa Isabel, y no era aquella hora de que en la torre hubiese nadie.

Al extremo de la galería habia una escalera; la

bajó, llegó al huerto y poco despues se encontraba en las cuevas.

— El imbécil Capuchin, exclamó examinando las paredes en que se veia por todas partes las señales de la punta de un pico ; él buscaba la entrada de la mina que conduce á la huerta del convento de Santa Isabel ; yo le dije que esa puerta estaba en las cuevas, en el muro, y no le engañé; pero no le dije que el muro en que se encuentra la puerta está mas abajo del suelo, hay que cavar. Veamos si mi pala está todavía donde yo la dejé.

Y deslizándose á lo largo de las cuevas llegó á un ángulo retirado y entrante, y desnudando su ancho puñal levantó con él la tierra hasta que tropezó con un astil.

Un momento despues salia á luz una pala.

III

Barrabás se fué á un lugar de la cueva en el que cavó con ardor junto al muro.

Aquel hombre monstruoso, aquella especie de títan recortado, trabajaba como por cuatro hombres y con una gran rapidez.

Muy pronto quedó practicado un foso profundo y estrecho, y descubierta la boca de una de esas estrechas minas que los moros hacian para poner en comunicacion por debajo de tierra edificios muy distantes entre sí.

— Veamos ahora, dijo Barrabás, si la salida está franca por la parte de las cuevas del convento.

Y recorrió en pocos segundos la mina que era

muy corta, y al llegar al otro extremo vió que la salida solo estaba obstruida por muebles viejos.

— Como yo lo dejé, dijo.

Y empujando aquellos muebles pasó y se encontró en las cuevas del convento.

Al frente de él se veía una claridad opaca, la claridad neutra de la noche á través de una puerta.

Barrabás apagó la linterna y la sujetó de nuevo por el gancho á su cinturón.

Adelantó, subió unos escalones sobre los cuales estaba aquella puerta, y salió al huerto.

— Aquí debe de haber perros, dijo; no importa, en cuanto el amigo me sienta y me dé las buenas noches, yo le contestaré de manera que no tendrá nada que decir.

No tardó mucho en suceder esto.

Barrabás sintió un gruñido ronco, amenazador,

irritado y poco despues vió que se le iba encima un bulto enorme.

Barrabás desnudó rápidamente su puñal, cerró con el perro y le hirió de tal manera, con tal fuerza y con tal acierto, que el animal cayó sin producir otro ruido que el sordo y pesado de su caída.

— Por esta parte, dijo, ya estamos bien, como en nuestra casa ; pero es necesario esperar á que las monjas toquen á maitines y se vayan al coro; cuanto menos ruido, mejor.

Y despues de esto, se metió entre los árboles y se tendió tranquilamente sobre la yerba.

A poco, la campana de la torre de la Vela dió treinta y tres campanadas, lo que queria decir que eran las once de la noche.

— Una hora aun, exclamó Barrabás impaciente.

IV

Poco despues se incorporó de una manera violenta.

Habia escuchado un ruido perfectamente determinado, aunque ronco y leve ; un ruido que demostraba que un hombre bajaba por uno de los árboles inmediatos.

Aquel árbol estaba pegado al alto muro de la cerca, y uno de sus brazos salia por encima de la tapia avanzando sobre la calle.

Sin duda aquel hombre se habia valido de una escala para trepar por la parte de afuera al árbol y por la de adentro el árbol mismo le servia de medio de descenso.

Aquel hombre llegó al fin al suelo y dijo:

— Cuidado, capitán, cuidado, que este maldito árbol es muy malo para bajar.

— Entonces, dijo una voz desde arriba; lo mejor será volver la escala para adentro, porque si el árbol es malo para bajar será infinitamente peor para subir.

— Nos quedaremos incomunicados con los de afuera, dijo el hombre de abajo en cuya voz había reconocido Barrabás á Capuchin como en la del de arriba había reconocido á Don Juan Venegas.

— ¿Y crees tú, dijo Don Juan, que dos hombres no bastan para una comunidad de monjas?

— Según y cómo, capitán, dijo Capuchin, porque si las monjas se agarran á la cuerda de la campana nos van á coger aquí como dos ratones, y á los otros que están en la callejuela puede sucederles algo si carga mucha gente.

— Sea lo que quiera, dijo Don Juan.

Y recogiendo la escala desde lo alto de la tapia en que se encontraba, la dejó caer por la parte de adentro.

En seguida se deslizó por ella.

— Y bien, dijo cuando estuvo en el suelo, ¿ será necesario esperar á que toquen á maitines, á fin de que las monjas se vayan al coro. Segun nuestras noticias, Doña Margarita está enferma, y se quedará en su celda.

— ¿ Estás seguro de que podremos llegar á la celda de Doña Margarita sin equivocarnos?

— Segurísimo. El andadero me ha dicho: en el huerto hay una puerta de tres arcos, en frente de esta puerta un pasadizo que desemboca en el claustro bajo, á la izquierda de este pasadizo en un ángulo hay una escalera estrecha por la que se llega al claustro alto, á la izquierda de esta escalera se cuentan una, dos y tres puertas, la tercera es la celda de la abadesa; en esa celda está

Doña Margarita, y como á causa de su enfermedad no puede ir al coro se queda con ella una doncella.

— ¿Y cuánto tiempo dura el coro, Capuchin? ¿lo sabes tú?

— Dos horas.

— ¿Es decir que tendremos tiempo sobrado para nuestro intento?

— Tiempo sobrado sí, pero ¿cómo haremos para subir á Doña Margarita por la escala y pasarla al otro lado por encima de la tapia?

— Doña Margarita saldrá por la puerta en mis brazos. ¿Para qué me he provisto yo de llaves maestras? Las puertas del convento no se pueden abrir por la parte de afuera, pero por la de adentro sí. Esperemos, pues.

V

Capuchin y Don Juan se sentaron sobre la yerba á poca distancia del lugar donde habia estado tendido Barrabás.

En cuanto á este, en el momento que habia sabido por dónde se podia llegar á la celda donde estaba Margarita, se alejó sin causar el mas leve ruido como un fantasma.

Se deslizó por entre los árboles, rodeó el huerto, fue á dar al pie del convento, y á poco encontró la triple arcada de que habia hablado Capuchin.

VI

Se deslizó por la galería y llegó al claustro bajo.

Estaba completamente desierto, silencioso y sombrío.

Tres faroles en tres ángulos distantes colgados delante de Imágenes de Santos alumbraban opaca y turbiamente parte de aquel inmenso claustro haciendo ver de una manera fantástica sus arca-das góticas.

Barrabás encontró la escalera indicada por Capuchin.

La subió.

El intento del enano era audaz.

Anticiparse á Don Juan, robarle Doña Margarita.

Podia encontrar por acaso alguna monja : ¡qué importaba! él tenia segura la retirada.

Si sobrevenia ruido, alboroto, las monjas no podian oponerle resistencia.

Si al ruido acudian Capuchin y Don Juan, una lucha.

VII

Barrabás adelantó, llegó á la primera puerta, á la segunda; antes de llegar á la tercera, se detuvo y escuchó.

Habia sentido en las escaleras un leve ruido de pasos recatados, pero por recatados que fuesen

conoció que eran pasos de hombre, de un hombre solo.

— ¡Ah! exclamó, han variado de opinion, se han anticipado ; y bien, una puñalada.

Y se encogió cuanto pudo ocultándose en un hueco de una pilastra gótica.

Quien adelantaba era Capuchin, á quien Don Juan habia mandado hiciese un reconocimiento.

Aquel reconocimiento era muy aventurado; pero Capuchin era hombre de alientos, sereno é iba resuelto á todo.

Pero no habia podido contar con la fiera que le acechaba.

En tal caso Capuchin hubiera tomado sus medidas.

Al pasar por delante del hueco donde estaba agazapado Barrabás, se sintió de repente asido por una fuerza imponderable y vió, á la luz escasa de

uno de los faroles del claustro alto, el terrible semblante de Barrabás.

— ¡ No grites, dijo este, porque mueres! no quiero manchar con sangre el dia que voy á ser feliz.

— ¡ Ah! traidor, exclamó con acento opaco y terrible Capuchin.

— Ni una palabra mas, exclamó Barrabás.

Capuchin calló, Barrabás le puso en el suelo, le volvió como hubiera podido volver á un niño, y con su misma pretina le ató fuertemente los brazos.

Despues, con su propio pañuelo, le amordazó.

Luego le cogió con una facilidad prodigiosa, porque Capuchin era demasiado buen mozo para no ser pesado, y le arrastró hácia la tercera puerta.

Barrabás empujó aquella puerta y la encontró simplemente entornada.

Como que las monjas no pueden cerrar con llave las puertas de sus celdas, ni tienen para qué hacerlo.

En el momento en que cargado con Capuchin abría Barrabás la puerta de la celda de la abadesa, salía una monja joven con una luz en la mano.

Al ver al monstruoso Barrabás con un hombre cargado sobre los hombros, la monja dejó caer la luz, dió un grito de terror y cayó desmayada.

Se oyeron precipitados pasos dentro de la celda, y muy pronto apareció una monja anciana que se retiró precipitadamente y llena de terror hacia el interior de la celda, pretendiendo cerrar una segunda puerta.

Pero Barrabás la alcanzó y la asió.

La pobre abadesa cayó al suelo sin sentido.

Poco despues, Barrabás salia llevando en sus brazos otra mujer desmayada.

Era Margarita.

CAPITULO VII

DE CÓMO ADELANTA MAS EL QUE MAS MADRUGA

I

Salvó rápidamente el claustro alto, las escaleras, el claustro bajo, la galería que daba á la huerta ; rodeó esta por el lado opuesto en que se encontraba Don Juan, pero resuelto á desembara-

zarse de él de una puñalada si Don Juan se apercibía.

Con un brazo sostenía á Margarita y en la otra mano llevaba preparado el puñal.

La carga de la jóven, aunque para otro hubiera sido pesada, era muy lijera para Barrabás que se deslizaba rápidamente, sin hacer ruido, favorecido por la sombra que no permitía se distinguiesen los objetos, sino á corta distancia.

II

¿Por qué Barrabás evitaba el encuentro de Don Juan?

No por miedo ciertamente.

Barrabás era una fiera que no temia nada.

Pero habia visto nacer á Don Juan y le guardaba en el fondo de su corazon algo de ese amor que los hombres de cierta edad sienten por los otros hombres á quienes han visto niños en sus primeros pasos sobre la vida y que han continuado viéndolos; que han presenciado su desarrollo progresivo moral y físico.

Este sentimiento tiene algo del sentimiento de la paternidad.

Y aunque se crucen otras pasiones enérgicas, siempre un padre, salvas rarísimas excepciones, evita verter la sangre de su hijo.

III

Barrabás ganó al fin las cuevas del convento y la entrada de la mina por la cual se aventuró á oscuras.

Pero por alli no podia llevar sobre los hombros á Margarita.

La asió por la cintura y adelantó con ella andando de espaldas.

La anchura de la mina no permitia otra cosa.

Por último, llegó á las cuevas de la casa del

Duende, ó como mejor queramos, del palacio de la calle del Sauco.

Salió al jardin, y se perdió con Margarita por el fondo de la oscura galería.

CAPITULO VIII

DE COMO Á CAUSA DE LO ANTECEDENTE HUBO UN GRAN ALBOROTO
EN GRANADA



I

Entretanto, Don Juan esperaba á que volviese Capuchin.

Pero llegó un momento en que creyó que Capuchin tardaba demasiado.

Esperó aun algunos minutos y se alarmó.

Alguna causa imprevista determinaba la tardanza de Capuchin.

De improvisó, se oyó la campana del convento que tocaba á rebato y de una manera apresurada, terrible.

Don Juan no esperó mas.

Sin duda habia acontecido algo gravísimo.

Recordaba las señas que le habia dado Capuchin y sirviéndose de ellas recorrió rápidamente el camino que guiaba á la celda de la abadesa.

En cuanto Don Juan penetró en el claustro, empezó á encontrar monjas que acudian con sus candelas.

A todas las habia encontrado vestidas. El toque de rebato, porque aquel habia tenido lugar poco antes de la hora de los maitines, esto es, la media noche.

Don Juan adelantaba sin embargo; al ver las

monjas en la clausura un hombre que pasaba rápidamente y espada en mano, huían aterradas creyendo que los diablos habían invadido el convento.

Don Juan entró al fin en la celda de la abadesa y encontró en ella algunas monjas alborotadas, de las cuales la mayor parte se desmayaron al verle, y las otras huyeron.

II

Entonces Don Juan vió á Capuchin en tierra atados los brazos, amordazada la boca y debatiéndose por romper sus ligaduras.

Don Juan acudió á él, le desató, le quitó el pañuelo que le amordazaba y le dijo con voz terrible :

— ¿Y Doña Margarita?

— Se la han llevado, exclamó Capuchin que bramaba de cólera.

— ¿Que se la han llevado? exclamó Don Juan pálido como un muerto y arrojando fuego por los ojos. ¿Pero quién, quién se la ha llevado?

— Barrabás.

— ¿Barrabás? ¿Barrabás se ha llevado Margarita?

— Sí. Cuando yo iba á entrar en esta celda, me sentí cogido de repente, no pude moverme, parecia que me aseguraban unas manos de hierro, y junto á mi semblante el semblante de Barrabás, horrible, amenazador. Yo no he podido luchar, estaba cogido por los brazos; dió conmigo en esta celda, me ató, me amordazó. La abadesa y Doña Margarita se habian desmayado. Barrabás se llevó á la señora.

Don Juan estaba mudo de furor.

Entretanto el toque de rebato seguía.

— Es necesario salvarnos, exclamó Capuchin; dentro de poco acudirá gente; cercarán el convento, penetrarán, no podremos defendernos, estaremos perdidos.

— Sí, sí, exclamó Don Juan; salvémonos; es necesario que yo viva; es necesario que yo satisfaga, si es posible, la sed de venganza que me devora.

Y entrambos salieron.

Ganaron la huerta.

Treparon por la escala la tapia.

Volvieron la escala para fuera y se deslizaron á la calle.

Allí estaban los otros ocho en extremo alarmados porque habian oido el toque de rebato y no sabian qué hacer.

— ¡ Pronto, salvémonos! exclamó Pedro Qui-

rós; dentro de poco vendrán á cercar el convento.

Y tiró por la calle adelante, torciendo por la callejuela del Sauco.

Los otros le seguian.

Cuando hubieron salido de la calle del Sauco, se oyó en el balcon de la casa del Duende una voz ronca que dijo:

— ¡ Ah! ¡ hui! bien, necesario será que yo tambien huya. Cuando registren el convento encontrarán la mina; entrarán aqui; yo saldré de la ciudad, protegido por la noche, por el mismo portillo de la Torre del Aceituno, por donde habeis salido vosotros.

Era Barrabás.

Se separó del balcon y se fué á una estancia inmediata.

En ella estaba Margarita que aun no habia vuelto en sí.

Barrabás cerró con llave la puerta de aquella estancia.

Guardó la llave en su bolsillo, bajó á la puerta principal de la casa.

Forzó con el puñal la cerradura y abrió uno de los postigos que dejó encajados al salir.

Luego adelantó rápidamente, llegó al meson de la calle del Agua, llamó, abrieron, pagó su gasto, tomó su caballo alegando un pretesto y volvió á la casa del Duende; cogió á Margarita, la puso sobre el caballo, montó y se alejó al trote ganando la parte alta del Albaicin, hácia la Torre del Aceituno, á la falda del monte de Santa Helena.

III

A la derecha de la Torre, el tiempo y los contrabandistas á la par, habian abierto un ancho portillo en el viejísimo muro árabe.

El Ayuntamiento habia preferido á los grandes gastos de reconstruir el muro, poner en él cuatro guardas municipales para que impidiesen la entrada de contrabando por el portillo y hasta la de personas para lo cual servia una simple barra que se cerraba al oscurecer.

Uno de los guardas hacia la centinela.

Se relevaba de tiempo en tiempo.

El centinela habia sido poco antes sorprendido

de improviso por uno, dos, tres, hasta diez hombres que habian llegado á la barra y habian saltado por encima de ella.

El guarda, en vista del número y considerando que no debia ser buena gente, no se atrevió á decirles ni una sola palabra.

Pero apenas hubieron pasado, llamó á sus compañeros que despertaron despavoridos por la energía del llamamiento.

— ¿Qué sucede? dijo uno de ellos.

— ¿Qué diablos ha de suceder? dijo el centinela, sino que de improviso se me han echado encima diez hombres y han saltado uno detrás del otro la barrera sin decir esta boca es mia, y sin que yo me atreviese á desplegar los labios. ¡Qué! ¡si han sido diez moscardones que han pasado como demonios, saltando el uno detrás del otro! Y no hay que decirme, que todos llevaban las espadas en la mano.

— No ois como toca á rebato la campana del convento de Santa Isabel? dijo otro.

— Si, si, ya oigo, exclamó un tercero; algo grande pasa, y tal vez esos hombres huyan para evitar el castigo de alguna mala accion.

— ¡ Diez! dijo el que estaba de centinela.

— Lo habeis oido bien, diez.

— ¿ Y bien? ¿ y qué? preguntó uno.

— Que pueden muy bien ser los Diez Compadres! exclamó otro.

Esta sola observacion llenó de espanto á los cuatro guardas que instintivamente entraron en la casilla, cogieron sus mosquetones y se pusieron á soplar las mechas.

De improviso se oyó muy cerca el trote de un caballo y apareció un gran bulto.

Sobre el caballo venian sin duda dos personas.

— ¡ Alto-allá! gritaron los guardas echándose los mosquetones á la cara.

Pero en vez de detenerse, el caballo arrancó.

Y al mismo tiempo una de las personas que sobre el caballo iba disparó un arma de fuego que por su estampido pareció ser un pedreñal.

Uno de los guardas lanzó un rugido, dió un salto y se oyó el doble ruido que producian al caer su cuerpo y su arcabuz.

Al mismo tiempo el caballo, con las dos personas que soportaba, saltó en limpio la valla y se alejó al escape por la larga planicie que forma una ancha meseta entre el cerro de Santa Elena y el del Aceituno.

IV

Los otros tres guardas aturridos hicieron fuego, pero sin direccion, instintivamente y nada al-

canzaron, porque continuó oyéndose el sordo ruido de la corrida del caballo como esos truenos lejanos que ruedan en lo profundo del horizonte y que se perdió en fin en el silencio.

V

Al estruendo de los disparos de los guardas, una ronda de alcalde que vagaba por el barrio alto, acudió y se encontró conque uno de los guardas había sido muerto.

Cuando oyó la relacion de los otros dijo :

— No hay duda, han sido los Diez Compadres. A esos malditos los favorece el diablo que sin duda es su tío.

Y entrándole miedo, temiendo que los Diez

LA CRUZ DE QUIROS.

Compadres volviesen y le encontrasen, se alejó sin meterse en recoger el muerto y descendió rápidamente en demanda de su casa para encerrarse á piedra y lodo.

Pero antes de llegar á ella, se le cruzó un alcalde bigotudo, de mas categoría que él, porque era del Crimen, acompañado de algunos soldados que habia tomado del puesto de la Plaza larga, y le dijo.

— Señor Machudo, noche es esta en que todos los hombres, no solo de justicia y de armas, sino tambien de honra, deben acudir al peligro.

— A rebato están tocando como lo oís todas las campanas del Albaicin, y dentro de poco tocarán todas las de la ciudad. Algo grave sucede.

— ¿Qué si sucede algo grave? contestó temblando el alcalde de barrio; ¿pues no sabe vuesa merced lo que sucede? Los Diez Compadres han hecho de las suyas esta noche en el Albaicin.

— ¡Cómo yo los agarre, esclamó el del Crimen,

no les ha de valer ni la bula de meco para librarse de la horca!

— ¡ Agarrarlos ! exclamó el alcalde de barrio; por el portillo de la Torre del Aceituno se han ido, dejando muerto á un guarda.

— ¡ Señor alcalde ! ¡ señor alcalde ! dijo un alguacil que vino como disparado al alcalde del Crimen. En el convento de Santa Isabel la Real ha sucedido la desgracia, y allí acude todo el mundo.

— ¿ Y qué desgracia ha sido ? exclamó el alcalde del Crimen.

— Mire vuesa merced que yo no se lo sé decir, contestó el alguacil ; pero ello es el caso que ha sucedido una desgracia y grande, porque la gente anda alborotada.

— ¡ Pues al convento de Santa Isabel la Real, dijo el alcalde del Crimen. Y venios conmigo, señor Machudo, que para estos casos toda la gente es poca.

VI

El alcalde de barrio hizo de tripas corazón y obedeció al del Crimen, que era una especie de superior suyo por su mayor categoría.

En efecto, una gran multitud había acudido al convento de Santa Isabel la Real, cuya clausura se había roto á causa del peligro.

Acudieron el capitán general, el corregidor, gran parte de la chancillería, la inquisición, el arzobispo.

La noticia había sido alarmante.

Se trataba nada menos que de la profanación de un convento de monjas.

Se registró todo sin perdonar ni un desván, ni un cuchitril, ni un sótano.

Y no se encontró mas que el leal guardian de la huerta muerto de una terrible puñalada en un costado.

En un sótano del convento la mina por donde habia escapado Barrabás con Margarita.

Al fin de ella la casa del Duende y la puerta de esta forzada y abierta.

A mas de esto, asegurada á un brazo de uno de los árboles de la huerta del convento, cuyo brazo pasaba por encima la tapia una escala.

Eran, pues, dos indicios de fuga.

¿Cómo habia habido escapada por aquellos dos distintos lados? Si habia sido una misma la gente que habia cometido el crimen, ¿cómo habia escapado por dos distintas partes y de distintos modos?

Esto no se lo esplicaba nadie, ni aun la gente de justicia que es práctica en todas estas cosas por el continuo trato que tiene con los criminales.

Pero de lo que no se podia dudar era de que la clausura habia sido profanada, y de que los profanadores se habian llevado á la hermosa hija del señor Almirante que tres dias despues debia profesar en Santa Isabel la Real.

VI

Cundió la voz de que los autores de aquello habian sido los Diez Compadres.

Y el Almirante, furioso como un tigre herido, juró por su vida y por su alma no parar hasta exterminar aquellos miserables que de tal manera se habian atrevido á él, hiriéndole á un tiempo en su corazon y en su honor, y con todos los hombres de guerra que habia en Granada, con todos los escopeteros de la ciudad, con todos los cua-

drilleros, con todos sus criados y con mucha gente que tomó á sueldo, es decir con un verdadero ejército, se puso en persecucion de los bandidos.

Pero no era solo el Almirante el que buscaba á Margarita con mas energía que él, ó á lo menos con tanta y con mas medios que él, aunque eran Diez solos : andaban ya sobre la pista de Barrabás, que vagaba, segun las noticias que habia obtenido Don Juan, por la montaña de las Alpujarras, llevando consigo á Margarita.

CAPITULO IX

DE CÓMO EL ALMIRANTE DIÓ FIN DE LOS DIEZ COMPADRES

— CAPITULO IX —

DE LA MANERA DE SER DE LOS REYES

I

Don Juan sabía que solo por el portillo de la Torre del Aceituno podía haber escapado el raptor de Margarita.

Y tenía la seguridad de que este no se atrevería

á permanecer ni un solo momento en Granada.

Indudablemente habria pretendido ganar la montaña.

Era tambien indudable que Barrabás evitaria pasar por las poblaciones á causa del hábito de órden de Margarita, y para que esta no pudiera ampararse de nadie.

Pero por alguna parte habia pasado necesariamente.

Don Juan no conocia la parte alta de la montaña de la parte de Granada.

Pero la conocian perfectamente cada uno de los Diez Compadres.

Estos se estendieron dispersándose, dándose un punto de cita comun para el otro dia.

Los pastores, que hubieran estraviado á la justicia por temor á la venganza de los bandidos, por la misma razon no estraviaron á estos.

Y les dijeron que hacía Casa Gallinas habia pasado un hombre extraño, cuyas señas convenian con las de Barrabás, á caballo, llevando consigo una monja.

II

Los Diez siguieron rápidamente hacía delante y juntos ya, habian encontrado la pista.

Pero distraidos con su persecucion no cuidaban mucho de que eran perseguidos.

Tres dias despues cerca del Lanjaron, y en el barranco del Oro, se encontraron acometidos de repente por un número formidable de cuadrilleros, escopeteros y soldados de á pie y de á caballo.

Delante de estos últimos se veia un caballero

ya de edad, armado de todas armas, sobre un magnífico caballo ligero ó de montaña.

Aquel señor, que estaba pálido de corage, que escitaba al combate á sus gentes, era el Almirante.

III

El combate se trabó rudo, terrible.

Los bandidos habian dejado sus caballos y se habian parapetado en los peñescales.

Cada disparo suyo mataba á un hombre de los del Almirante.

Pero aunque este se esponia valientemente al fuego, no le tocaba ni una sola bala.

Mas aun, las balas pasaban lejos de él.

Consistia esto en una enérgica orden de Don Juan que habia dicho á sus compañeros.

— Dejaos matar, si es preciso, antes que tocar á un solo pelo de la barba del Almirante.

Y los Compadres obedecian la orden de su capitán.

Y no lo extrañaban.

Porque habian sabido al fin el amor que su capitán tenia á la hija del Almirante.

IV

El combate se encarnizaba.

El acceso á las peñas en que estaban encastillados los bandidos era sumamente difícil.

Pero en aquellos tiempos la gente de guerra y

los cuadrilleros y los escopeteros eran todos de los del bronce.

Es decir, el peor de cada casa, acostumbrados á la sangre y al esterminio.

Cargaban como demonios.

Y obligaban, perdiendo gente á los bandidos, á irse replegando de posicion en posicion.

V

Alguna vez, uno de los Compadres se descubria al abandonar una peña para parapetarse en otra mas alta.

Y aquel Compadre caia.

A las cuatro horas habia mas de cincuenta de los del Almirante muertos ó heridos.

Y los Compadres habian quedado reducidos á cinco.

Los otros habian sido muertos.

La gente del Almirante los habia cortado.

Los cercaba.

No quedaba mas que una salida libre.

Una estrecha garganta por donde escapar ; pero muy larga, inaccesible por sus flancos.

Y si se hubieran metido por ella, hubieran sido muertos antes de salir al otro lado.

Se batian, pues, á la desesperada por prolongar la vida, por no entregarse á la horca.

VI

Tuvo entonces lugar un rasgo heroico.

— Salvaos, capitan, dijo á Don Juan Capuchin. A la entrada de la garganta hemos dejado los caballos. ¡Tomad el vuestro y escapad! Mirad que nosotros no podemos hacer otra cosa que entrete-
ner á esa gente y daros tiempo para que escapeis. Un hombre solo se salva por cualquier parte.

— ¡No, exclamó Don Juan, yo moriré con vos-
otros! Abandonaros seria una cobardia indigna de mí.

— ¿Y Doña Margarita? exclamó Capuchin.

Esta fue una palabra mágica.

Don Juan palideció, tembló, abrazó á Capuchin, le besó en la mejilla y le dijo entre aquel beso :

— ¡Gracias!

Luego se alejó.

Descendió á saltos por las quebraduras.

Llegó á un lugar donde estaban atados los diez caballos.

Tomó el suyo, montó y se alejó á escape.

VII

El estrecho cañon era pendiente, tortuoso.

Pero permitia el escape del valiente bruto.

Durante algun tiempo, Don Juan oyó los disparos del combate que seguia encarnizado, mas encarnizado que nunca.

Como que los bandidos se habian propuesto morir matando.

La idea de rendirse no se le habia ocurrido á ninguno.

La rendicion era la horca.

Al fin, Don Juan nada oyó.

Nada mas que el ruido de la carrera de su caballo sobre las piedras.

Por la primera vez de su vida sentia miedo.

Miedo por Margarita, que le hacia sentir una ansiedad terrible.

¿Qué habia hecho de ella Barrabás?

O tal vez la pasion que por ella Barrabás sentia, que debia ser terrible cuando le habia obligado á hacer traicion á su señor ; era una de esas pasiones que hacen que una mujer domine al hombre que tal pasion siente por ella.

Y por esta causa se habian salvado el honor de Margarita y su corazon.

Esta duda era lo que hacia temblar á Don Juan.

Por lo que desgarraba los ijares á su pobre caballo.

VIII

El cañon era muy largo.

No terminaba nunca.

¿Habrian acabado de esterminar los del Almirante á sus compañeros?

¿Él estaria ya perseguido?

¿Podrian alcanzarle?

De improviso, Don Juan lanzó un grito de alegría.

Habia desembocado al hacer un rodeo en un ancho valle que dejaba ver altisimas y ásperas montañas.

Diez minutos despues, Don Juan reconocia el terreno.

Habia cazado por él muchas veces.

Se encontraba en el corazon de las Alpujarras, en la Tahá de Válor, en un terreno inaccesible, asperisimo, donde era muy difícil encontrar un hombre.

No le quedaba ya mas que una dificultad gravísima.

Encontrar en aquel laberinto montañoso á Barabás y á Margarita.

Se internó algun tanto en la Tahá y en medio de un cañon lóbrego, en una gruta profunda se detuvo.

Echó pie á tierra y descansó.

IX

Volvamos á los otros Compadres.

El combate duró como una hora.

El lugar donde se defendian desesperadamente los últimos, era una eminencia cónica, de roca calcárea, tajada, surcada por grietas profundas accidentada por dentellones caprichosos.

De dentellon en dentellon, de grieta en grieta, se fueron replegando los tres últimos.

Entre ellos Capuchin.

Al cabo, soldados, cuadrilleros, escopeteros, el Almirante llegaron á la cumbre : en una especie de cercado de roca que venia á ser la corona del cono hacian fuego tres bandidos.

Uno de los tres cayó muerto por una descarga.

El otro se arrojó, puñal en mano, sobre los enemigos, y fue hecho pedazos por las alabardas de los soldados de infantería.

Entonces se oyó una voz terrible que dijo:

— Me entrego á la justicia.

Era la voz de Capuchin, que apareció de improviso encima de una peña.

— Nadie le tire, nadie, exclamó el Almirante; quiero ahorcar á lo menos uno.

Capuchin soltó una carcajada de desprecio.

Se oyó un estampido, y Capuchin cayó de lo alto de la peña á los pies del Almirante.

Este rugió de cólera.

Capuchin no habia querido que le matase nadie pudiendo matarse él.

Al anunciar su voluntad de entregarse, habia engañado al Almirante.

El combate terminó.

Se siguió flanqueando, escudriñando la montaña, y nada se encontró en un grande espacio.

Indudablemente los Diez Compadres habian sido esterminados.

— ¡Ah! exclamó el Almirante: ¡ni uno solo para la horca y su capitan!...

— Sin embargo, dijo el teniente alcalde mayor de la Santa Hermandad, ellos eran Diez y no se han encontrado mas que nueve cadáveres.

— Pues si el capitan no ha muerto, exclamó el Almirante, nada hemos hecho. Pronto, muy pronto tendrá otros Diez, y ¡mi hija! ¡mi pobre hija!...

— Esto es doloroso sin duda, dijo el teniente alcalde mayor, pero hemos salvado á Andalucía.

Los Diez Compadres han sido esterminados.

CAPITULO X

EN QUE SE VUELVE Á ENCONTRAR Á MARGARITA

— CATHING Y

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

Era una hermosa tarde.

El sol se hundía en el Mediterráneo.

El mar, tranquilo como un lago, se veía á través de la abertura de una montaña, desde lo alto de una cuesta, en las Alpujarras.

El paisaje era magnífico.

Un escalonamiento de montañas verdes las mas próximas, de un gris indefinible pero bello, las de segundo término azules, mas azules á medida que estaban mas distantes las de la lontananza.

El mar azul, brillante parecia un espejo tendido bajo el cielo que reproducia su puro y diáfano color.

Un terreno sumamente escabroso, sumamente accidentado nos rodea por todas partes.

Brotan entre los peñascos los pinos, altos y espesos, que dejan sentir su solemne tristeza en aquella agreste soledad.

El viento, moviendo pesadamente sus copas, deja oír un rumor monótono, que aumenta la tristeza, que da algo de espantoso á aquella soledad.

Otro rumor insistente ronco, poderoso, se dejó sentir.

El de un grueso raudal de agua que se despeña de una en otra roca.

Estas rocas, caprichosa y ásperamente talladas por la naturaleza, brotaban en lo alto de la cuesta, entre las dos montañas, sobre una especie de meseta plana, entapizada de una espesa y fuerte yerba, que iban á pastar los gamos y los ciervos.

Algunas veces se veían allí rebaños de estos hermosos, inofensivos y tímidos animales.

II

Pero hacia algún tiempo que no aparecían por allí.

Desde que un intruso había matado á uno de ellos.

Aquel intruso, y le llamamos de este modo porque habia elegido su lugar de habitacion en aquel sitio, habia tapado con maderas y piedras, sujetando las unas con las otras, y haciendo una especie de muro, la entrada de una cueva que existia en la base de un peñon aislado en medio de aquella meseta escondida entre montes, pero que tenia como un balcon sobre su inmenso paisaje, cuyo fondo era el Mediterráneo, que se veia en una grande anchura.

El reciénvenido habia cerrado con tierra amasada los intersticios de las piedras y de las ramas de árboles con que habia tapado la grande entrada de la cueva, dejando solo una estrecha abertura.

Habia hecho, pues, una especie de muro demasiado fuerte.

La entrada era baja y ancha, de mas cabida en su latitud que la que hubiera sido necesaria para un hombre comun.

Despues con trozos de ramas fuertemente entretrejididos con mimbres habia hecho una puerta.

El hombre que habia elegido aquel lugar para su residencia habia comprendido que por allí, no solo no tenia que pasar nadie sino que nadie queria pasar.

La caza se buscaba mucho mas abajo.

Los bandidos y los huidos para ocultarse no tenian que subir tan arriba.

En una palabra, que allí ni con los lobos tenia nada que hacer.

Además, aquel lugar por su escabrosidad, por estar casi tajados todos sus accesos, era lo mas á propósito del mundo para defenderse.

Tal vez nunca se habia posado allí planta humana.

III

Los pastores de los valles inferiores muy lejanos de aquel lugar, se habian encontrado un dia con un hombre muy estraño, con un hombre terrible, que les habia dicho :

— Os pagaré un real de plata por cada zalea (piel de carnero adobada) que me vendais.

— ¿ Como cuántas quereis, buen hombre? le preguntó un pastor.

— Todas las que podais procurarme de aquí á mañana, respondió aquel hombre.

Estrañaron los pastores esta peticion, que era formal, puesto que aquel hombre les habia dejado algun dinero adelantado como señal del buen pago y le siguieron á lo lejos.

Vieron que se metía por lo mas intrincado de la sierra y que á una grande altura, en un lugar por donde no podia adelantar ya su caballo, le dejaba atado y encerrado en una especie de establo que habia hecho con piedras, ramas y tierra.

Que desde allí continuaba á pie ascendiendo como una cabra á veces, á veces como un reptil, y por lugares tales que los pastores, á pesar de ser hijos de la montaña, no podian seguirle.

Aquel hombre era muy fuerte.

No necesitamos hacer su descripcion, porque aquel hombre era Barrabás.

IV

Al dia siguiente Barrabás volvió y los pastores le entregaron cien pieles que habian reunido,

magníficamente adobadas y con larguísima y espesa lana.

Barrabás pagó las zaleas, las cargó en su caballo, se llevó consigo algunos de los riquísimos quesos de cabra que hacían los pastores, y se fue.

Los pastores no le siguieron porque sabían que en llegando á cierto sitio no podrían seguirle, pero se quedaron diciendo.

— ¿Para qué querrá ese enano esas cien pieles?

— ¡Bah! dijo un zagal, ese hombre debe andar huido.

— ¡Huido!

— Sí, tiene muy mala traza.

— ¿Y porque tenga mala traza ha de ser un hombre huido?

— Vamos claros, dijo el zagal: ¿no hace tres días que viene por aquí mucha gente con un señor muy noble?

— Sí, en persecucion de los Diez Compadres.

— ¿No dieron con ellos y los mataron á todos, menos uno?

— Sí.

— Pues ese hombre puede muy bien ser el uno de los Diez Compadres que no mataron.

V

Sacaron en claro los pastores de esto, despues de una larga deliberacion, que para lo que queria las pieles y tantas aquel Compadre huido, era para hacer una buena cama en algun lugar muy oculto, donde sin duda habia hecho alguna caña para sí, como mas abajo habia hecho un establo para su caballo, y determinaron que si volvia alguna vez á las majadas le prenderian y le llevarian al alcalde de la Tahá ó distrito de Orgiva, para averiguar quién fuese, que no debia ser un

santo teniendo en cuenta su facha y el cuidado que ponía en ocultarse.

VI

Pero Barrabás no volvió al otro día ni en los tres siguientes.

Los pastores entraron en consejo para discutir lo que se podría hacer para apoderarse de aquel hombre.

Y les irritaba la codicia el precio que por la Audiencia de Granada se había puesto á la cabeza de aquel Compadre que se había perdido.

Un precio de mil ducados, que la cabeza de Pedro Quirós, que era el pregonado, les valía.

Por esta vez los sacó también del apuro el zagal que por lo visto era el más inteligente de todos ellos.

- ¿Pues no hay mas, dijo, que irnos por la tardecita al sitio donde está el caballo de ese hombre, y escondernos entre las peñas y las espe-suras?

— Pero á quien necesitamos prender, dijo un zafio, es á él, no al caballo, porque aunque el caballo valga diez doblones, mas que diez doblones son mil ducados.

— Pero ese hombre tendrá que dar pienso á su caballo, que es muy hermoso y cuidarle, que ya sabeis que le dejó atado como en una cuadra y el animal no puede pastar.

Asombráronse todos del buen ingénio del muchacho, y determinaron ir aquella misma tarde con tiempo para llegar á la noche y emboscarse y esperar á que el individuo sospechoso apareciese y prenderle.

VII

Y hé aquí que apenas habían tomado esta resolución, cuando vieron subir por el valle un ginete muy bien apuesto y muy bien apercebido sobre un caballo negro como la noche y brioso y magnífico.

Cuando estuvo cerca vieron que aquel ginete llevaba sobre el rostro un antifaz.

Esto no tenía nada de extraño, porque los hidalgos de aquel tiempo, cuando viajaban, se cubrían los semblantes aunque no tuviesen que ocultarlos con un antifaz, únicamente por defenderlos de la intemperie.

VIII

Pero cuando estuvo cerca de ellos, el ginete, que tan hidalgo parecia por su apostura, se quitó el antifaz sin duda para inspirarles confianza, y se encontraron con que el tal les habia dado un gran chasco.

Porque á la vista de su apostura, le habian creido jóven y buen mozo, y se encontraron con que era verdinegro, y con que tenia unas largas narices granujientas, y sobre el un ojo (el izquierdo) una venda negra, señal clara de que era tuerto.

El otro ojo, eso sí, era negro, brillante, expresivo, hermosísimo y jóven.

Cuando el ginete hubo llegado á donde estaban los pastores, echó pie á tierra y dejó ver su gallardo y noble continente.

Iba sencillamente vestido.

Un traje oscuro de color de hoja seca, capotillo de lo mismo con mangas, bota de gamuza con espuelas de acero, gorguera de Cambray, al cinto-espada y un sombrero castor gris de grandes alas sin cinta ni pluma.

Pero iba muy bien armado.

De la concha de la silla de su caballo se veía pendiente una hermosa escopeta morisca, y en el borrendelantero se veía asomar por encima de sus fundas las culatas de dos pistoletes.

IX

— Guárdeos Dios, gente buena, dijo, mientras quitaba el freno á su caballo.

— Dios guarde al hidalgo, contestó el rabadan, ¿en qué podemos servirle?

— Quiero que me complazcais, si os es posible, en tres cosas, contestó con gran cortesania el incógnito.

— Y ¿qué es ello, dijo el rabadal seducido por el talante del ginete, que tendremos á mucho placer el serviros ?

— La primera cosa es, dijo el recién llegado, que me procureis un lecho, siquiera sea de pieles ó cuando no de paja para que repose, que vengo muy fatigado : y la segunda, es que mientras tomo un poco de descanso, mateis un cordero y me hagais un buen guiso, porque traigo mucha necesidad.

— Pues entonces, dijo el rabadal, en mi choza, en mi lecho, que no será tan blando aunque sea mas rico el del Rey Nuestro Señor que Dios guarde, y en cuanto al yantar en cochifrito os haremos un cordero que no le come mejor el Papa y con buen vino de la costa.

— Dios os lo pagará además de pagároslo yo, dijo el incógnito.

— ¿ Y cuál es la tercera cosa que necesitais además ? dijo el rabadal.

— Esa os la diré cuando haya dormido y co-

mido ; pero para que no esteis curiosos, os lo diré en cuatro palabras : yo vengo buscando al capitan de los Diez Compadres.

— ¡ Cómo !

— Sí, sí, ese maldito Pedro Quirós : estoy sediento de vengarme y necesito encontrarle y arrancarle las entrañas : por eso solo he venido á la Sierra dejando las comodidades de mi casa de Granada : y si logro echar la vista encima á ese infame ingrato que tanto me debe y que tanto me ofende, mas le valiera no haber nacido.

Dijo con tal ira, con tal continente y con tal dolor de su alma estas palabras el que parecia hidalgo, que los pastores creyeron que en efecto buscaba sediento de venganza al capitan de los Diez Compadres.

— ¿ Quereis darnos las señas de ese malhechor? dijo el rabadan, que puede ser que alguno de nosotros le haya topado por la Sierra si es que en la Sierra está ?

— Sí, en la Sierra se ha metido el infame, y

en ella se oculta, y de tal manera, que hace ya tres dias que le busco yo y no he podido dar con él á pesar de que me he valido de pastores y monteros ; voy á daros sus señas : figuraos un gigante enano.

— Yo no os entiendo, señor, dijo el rabadan, que no comprendia que un hombre á la vez pudiese ser enano y gigante.

El incógnito dió punto por punto las señas de Barrabás.

Apareció una espresion de avaricia en los ojos de todos los pastores.

— ¿ Y es ese, dijo con la voz trémula de codicia el rabadan, Pedro Quirós el capitan de los Diez Compadres?

— ¡ Ese es !

— Dan por su cabeza mil ducados.

— Pues dos mil os daré yo, y en oro, que mas traigo en mi maleta, dijo el desconocido, si por vosotros llego á encontrar á ese monstruo?

— ¿ Pues tanto mal os ha hecho ?

— Me ha robado mi esposa.

— ¡ Ah !

— Y toda su sangre, mil vidas, mil almas que tuviera, serian poco para saciar mi venganza.

— Pues me parece que vais á satisfacerla, caballero.

— ¡ Cómo ! ¿ le habeis visto ?

— Si, si señor : hace tres dias nos compró cien zaleas y muchos quesos.

— ¡ Cien zaleas !

— Si señor, si : sin duda para hacer una cama.

— Y le acompañaba una hermosa jóven.

— No señor.

— La tendria escondida en alguna cueva de la Sierra.

— Puede ser, porque él se metió por lo mas áspero, por donde yo creo que no se ha metido nadie jamás.

— ¿ Y sabeis hácia dónde para ?

— Sabemos donde tiene su caballo.

— Pues ya se me ha quitado el cansancio y el

hambre, dijo el desconocido ; vamos cuanto antes.

Y se dirigió á su caballo que pastaba, sin duda con la intencion de volver á ponerle el freno.

Pero el rabadan le convenció de que era necesario esperar á que cayese la tarde, para llegar con la noche al sitio donde estaba el caballo, y emboscarse á fin de sorprenderle por la mañana, cuando fuese á cuidar al animal.

— Porque el hombre, añadió el pastor, es muy fiero y muy bravo, y parece muy astuto, y si cometiéramos una imprudencia y nos sintiera, podría muy bien escaparse é irse á sitio donde no pudiéramos dar con él.

Comprendió el incógnito, en quien sin duda habrán reconocido ya nuestros lectores á Don Juan Venegas, á pesar de sus narices postizas, su ojo vendado y su color teñido, que el pastor tenia razon, y se resignó á esperar á pesar de su impaciencia que podia llamarse rabiosa.

Siguió á su cabaña al pastor y se acostó.

X

Llamáronle tres horas despues cuando ya el sol descendia.

Don Juan habia dormido á pesar de su impaciencia.

Tal era su cansancio.

Encontró servido sin manteles y sobre la yerba un dornajo lleno de un aromático y humeante guiso, y del cual comieron él, y los pastores, y bebieron, y á la caida del sol, tras de las cumbres Don Juan, dejando su caballo en la majada aunque no la escopeta, partió con el rabadan y otros ocho pastores que iban tambien armados.

— ¡ Siempre diez para las aventuras terribles! Murmuraba para si Don Juan.

Y tiró á buen paso hácia adelante siguiendo á un pastor que guiaba y rodeado de los otros ocho.

XI

Entre tanto, á aquella misma hora Barrabás subia por la opuesta vertiente, salvando desfiladeros completamente solitarios y tal vez ignorados.

Llevaba sobre los hombros un cervatillo.

Un pobre animal de cuya herida brotaba aun la sangre.

Barrabás marchaba á grande paso y salvaba con gran facilidad los obstáculos.

Aun era de dia claro cuando llegó á la altura secreta donde estaba la cueva cuya boca habia cerrado.

Barrabás llegó á la pequeña puerta y la abrió descorriendo una delgada cadena de acero cerrada por un candado.

Aquella cadena y aquel candado eran las de su maleta.

Sirviendo de goznes á la puerta, habia otra cadena mas larga y mas gruesa.

Aquella habia sido la del cabezon de cuadra de Leal.

Barrabás se habia valido de los medios que habia llevado consigo y de los que habia encontrado en la Sierra, para poder tener prisionera á Margarita.

Lo que servia de hoja de la puerta estaba compuesta de troncos de ramas de pino que Barrabás habia cortado con un cuchillo, unidas con mimbres verdes retorcidas de una manera tal y tan fuerte, que la pobre jóven, aunque lo habia intentado, no habia podido forzar á aquella puerta.

Las únicas comodidades que habia podido introducir en aquel antro Barrabás habian sido las pieles de carnero, y algunos utensilios comprados á pastores.

Un pequeño seno de la cueva, un espacio

semejante en estension á una reducida alcoba, estaba completamente forrado de pieles.

Barrabás habia clavado aquellas pieles con cuñas.

Sobre el suelo habia un lecho blandísimo.

Algunas de aquellas pieles cosidas formaban una cubierta.

XII

Aquel era el gabinete de Margarita.

La pobre jóven permanecia siempre en el lecho.

Fuera, en el grande espacio de la gruta, habia una pequeña mesa de pino, un arca para ropa blanca, otra para provisiones, algunos jarros para agua y vino, y algunos otros utensilios imprescindibles.

Sobre una tabla habia dos pellejos.

El uno de aceite y el otro de vino.

Todo aquello lo habia procurado Barrabás.

Tenia todos los dias pan tierno, porque se lo procuraba un cazador furtivo, que era contrabandista de caza, y que iba á encontrarle en un lugar determinado.

La boca de la cueva habia sido de tal manera cerrada, que ni aun por los resquicios de la puerta entraba luz.

— Aquella puerta habia sido forrada por dentro de pieles.

Pero habia, para que Margarita no estuviese á oscuras, siempre una luz encendida en una lámpara.

XIII

Barrabás se habia hecho fuera de la cueva una cabaña, en la que dormia, y guisaba.

Lo que quiere decir que respetaba á Margarita.

La infeliz no salia nunca del lecho.

Hacia seis días que estaba allí.

Solo salia para comer.

Y aun así, cuando habia salido de la cueva Barrabás y cerrado la puerta.

Barrabás no lograba hacerla hablar ni una sola palabra.

La energía de Margarita era terrible.

XIV

La joven estaba sola la mayor parte de su tiempo.

Barrabás, antes de la preparacion de cada comida, se iba á cazar, y no cazaba mas que lo suficiente: una liebre, un conejo, alguna perdiz, alguna ave sabrosa.

Despues, volvia y confeccionaba lo que habia cazado.

Lo servia á Margarita.

Se salia de la cueva, y cuando calculaba que

Margarita habia comido ya, abria, levantaba los manteles y sacaba fuera los platos, que lavaba en la inmediata corriente.

Despues iba á dar pienso á su caballo, á limpiarle.

Volvia á la cueva y se echaba desesperado en su cabaña, sobre el lecho de pieles que se habia hecho.

La pasion del enano era terrible : tan terrible, que habia llegado á convertirse en adoracion por Margarita.

Esta adoracion esplicaba el respeto con que Barrabás trataba á la jóven.

Lo que se adora, no se profana.

CAPITULO XI

EN QUE SOBREVIENTEN NUEVAS Y CURIOSAS AVENTURAS



Barrabás había pasado una noche infernal :
una noche de insomnio y de delirio.

Su desesperacion iba gastando el respeto, el
temor que le inspiraba Margarita.

Iba acabando de enloquecer.

Apenas fue de dia, se levantó de su lecho de tormento y se fué como de costumbre á dar su primer pienso á su caballo.

Barrabás descendia á saltos como una cabra, por las breñas y por las cortaduras.

Salvaba las rocas mas inaccesibles, y saltaba anchos barrancos de una manera maravillosa.

A la salida del sol, como todos los dias, llegó al establo que habia hecho á Leal.

El generoso bruto estaba inquieto, relinchaba y procuraba romper su ronzal.

— Algun lobo, dijo Barrabás, que no pudiendo penetrar, habra andado al rededor asustando al pobre animal: mala vida hacemos aqui, y es necesario que esto cese: si, es necesario que ella me siga á donde podamos vivir entre gentes.

Y diciendo esto, Barrabás se acercó al establo y abrió el portalon de ramas de árbol que habia construido para defender de los lobos al caballo.

Este continuaba inquieto.

Apenas habia entrado Barrabás, cuando sonó un estampido entre las breñas cercanas.

Una bala penetró por uno de los claros del establo, y rechazó en el coselete de acero que Barrabás llevaba siempre debajo del colete.

—¡ Ah ! exclamó poniéndose de un salto fuera. Él, él está ahí ; Leal le ha sentido, le ha reconocido, y por eso estaba inquieto ; este era el lobo.

Y como Barrabás no llevaba armas, escapó trepando por las quebraduras.

II

Inmediatamente treparon tras él, D. Juan y los nueve pastores, que habian llegado la noche anterior y habian amanecido emboscados.

Don Juan iba delante.

Estaba acostumbrado al ejercicio de montaña, y era muy fuerte.

Llevaba la escopeta cargada, pero no se atrevia á detenerse para hacer fuego, temeroso de que se perdiese Barrabás si se detenia un instante para afirmarse y apuntar.

Tan accidentado era el terreno, tan escabroso, tan erizado, que á cada momento Barrabás desaparecia y volvia á aparecer.

Aquello era terrible.

Llegó un punto en que Barrabás tuvo que atravesar un espacio descubierto; una resbaladiza pendiente de pizarra.

No habia otro lugar por donde ir.

Aquel era el único camino algo practicable.

Don Juan se detuvo, apuntó y disparó.

Pero como si hubiese conocido el momento preciso, al disparar Don Juan, Barrabás se encogió y varió al mismo tiempo, con una prontitud maravillosa, de posicion.

El tiro fue inútil.

Algunos pastores dispararon tambien, pero no lograron tocarle.

Ni Don Juan ni los pastores se detuvieron para cargar de nuevo sus armas.

Continuaron la persecucion.

Alentaba á Don Juan su necesidad de vida ó muerte, de encontrar á Margarita : á los pastores el cebo de la recompensa que se habia ofrecido al que presentara la cabeza del capitan de los Diez Compadres : porque ya sabemos que ellos, por el dicho de Don Juan, habian creido que aquel ginete enano, era el capitan de los Diez Compadres.

III

Barrabás llegó á lo alto de aquel que podia llamarse despeñadero, y se detuvo.

Se inclinó y levantó sobre su cabeza un enorme pedrusco.

Los pastores se detuvieron aterrados.

Barrabás bamboleó algunos segundos sobre su

cabeza aquella enorme masa y la arrojó sobre la pendiente.

La peña cayó á poca distancia de D. Juan, rebotó y al segundo rebote, cogió á dos pastores y aplastó al uno y despeñó al otro.

La piedra y los dos cuerpos de estos desgraciados, cayeron rebotando al barranco que se abria al pie de la escarpadura.

Los pastores estaban inmóviles, aturcidos.

Solo Don Juan continuaba trepando.

Por un recurso de salvacion, y por imponer miedo á Barrabás, aunque tenia la escopeta vacía, apuntó á Barrabás con ella.

Este se ocultó rápidamente.

Pero puesto á cubierto, continuó durante algunos minutos, arrojando enormes piedras, que no llevaban direccion y que se precipitaban rebotando con un fragor espantoso.

Los pastores, aterrados ya de todo punto, huyeron.

Solo quedaron dos mas animosos ó mas codi-

ciosos que los otros, que siguieron á Don Juan.

Este llegó al fin á lo alto del despeñadero : al mismo tiempo llegaron los dos pastores.

Pero Barrabás habia desaparecido.

— No importa, no importa; dijo uno de los pastores: por aquí no se puede salir mas que á la rambla de la Nevera, y dentro de poco volveremos á verle.

— ¿Tienes cargada tu escopeta? dijo Don Juan.

— Si señor, contestó el pastor.

— Pues dame y guia: guia y corre, que yo os daré todo el oro que querais: tú cárgame mi escopeta.

Y siguieron corriendo por entre un laberinto de breñales, por un terreno casi impracticable.

A los pocos minutos llegaron á lo alto de una vertiente muy practicable que descendia sobre una inmensa rambla, cubierta de una arena muy menuda y muy roja.

Barrabás adelantaba en aquel momento por en medio de la rambla, y adelantaba muy despacio.

Sus anchos pies se hundian en la finisima arena y dificultaban su marcha.

El terreno por donde avanzaban corriendo Don Juan y los dos pastores, era firme, bellissimo, en suave declive, tapizado de liquen y bordado de matas de retama.

A derecha, á izquierda, al fondo, se veian crestas de azules montañas: mas cerca embocaduras de barrancos y montañas mas bajas, de un verde pálido, y maravillosas accidentaciones de luz.

Allá, al Oriente, en un horizonte muy bajo, por entre una larga abertura, se veia una linea azul.

Era el Mediterráneo.

La rambla de la Nevera era el lecho de un inmenso torrente, que en los tiempos del deshielo parecia un Océano que se precipitaba atronador desde lo alto de la montaña en aquel otro mar que se veia á lo lejos.

Despues del deshielo, se secaba el torrente, y

quedaba la rambla seca, con su finísima arena movediza, y en una estension considerable.

IV

Barrabás iba ganando ya el acceso de otra vertiente, que á juzgar por su cubierta de liquen debia tener el terreno firme.

Era necesario detenerle antes de que pasara.

Estaba á gran distancia: fuera de tiro.

Sin embargo, Don Juan disparó.

El disparo fue inútil.

Barrabás ganó el terreno firme, y dió á correr.

— Si seguimos por donde él ha ido, dijo el pastor, se nos escapará: yo nõ sé cómo ese hombre en tan poco tiempo ha podido atravesar la rambla: nosotros necesitaríamos una hora; pero por aquí, mas abajo, hay un vado.

— ¿Cómo, un vado? dijo Don Juan.

— Sí, un lugar por donde la arena es poco pro-

funda, porque debajo hay rocas : en cinco minutos habremos pasado la rambla.

— ¡Pero le perderemos!

— No, volveremos á encontrarle dando un rodeo : para escapar tiene que dejarse caer hácia Cala-Honda ; el resto está tapado ó cortado por torrentes : ese ladron ha sabido bien donde se ha metido, porque por aquí no pasa nadie.

— Pues no perdamos un momento, dijo Don Juan , para el que era preciso el conocimiento de la Sierra de aquellos hombres.

Poco despues habian atravesado la rambla, y corrian por el repecho, llegados á cuya cima, se aventuraron por un laberinto de barrancos, de escarpaduras, de malezas.

— No le encontraremos, decia con desaliento Don Juan.

— Si, si le encontraremos, decia el pastor ; adelante, adelante.

Y siguieron marchando y ascendiendo siempre, por espacio de una, dos, tres horas.

Era ya el mediodía, á juzgar por la altura del sol.

Don Juan estaba desalentado, desesperado, pero no rendido.

Miraba con odio á los pastores.

Creía que estaban de parte de Barrabás, y que le habian estraviado.

El terreno por donde marchaban, no podia ser mas áspero ni mas sombrío.

Estrechos cañones cerrados en su altura por huecos que apenas dejaban pasar la luz.

Barrancos tortuosos y ásperos.

Pinares espantosos, en los que á cada paso se sentia huir un lobo.

Aquello parecia infinito.

De improviso Don Juan se detuvo.

Habia oido muy cerca gritos.

Gritos de mujer.

— ¡Ah! ¡miserable! ¡infame! gritaba aquella voz: ¡socorro!

Don Juan saltó una roca.

Entonces vió á Barrabás, que tenia entre los brazos una mujer que se debatia desesperada.

— ¡ Ah ! ¡ miserable ! esclamó Don Juan : y se precipitó sobre Barrabás.

Este lanzó un rugido de rabia, dió un salto y escapó.

Don Juan continuó su alcance.

No podia hacer fuego sobre él, porque llevaba abrazada á Margarita.

Barrabás trepaba por las escarpaduras de un peñon gigantesco.

Don Juan le seguia.

Los pastores le seguian tambien.

— ¡ No tireis, no tireis ! decia Don Juan : podeis herirla á ella.

Barrabás continuaba ascendiendo.

Llegó á lo alto.

Entonces lanzó un rugido de leon con todo el colmo de su cólera y de su rabia.

El peñon estaba tajado perpendicularmente sobre un barranco, en el fondo del cual las aguas

del deshielo habian hecho una profunda laguna.

Habia una altura como de cincuenta metros sobre el nivel del agua.

Don Juan se acercaba.

— Si das un paso mas la mato, dijo Barrabás.

Y desnudó su largo puñal.

La desesperación, el terror, centuplicaron las fuerzas de Margarita, que por un violento sacudimiento logró desprenderse de los brazos de Barrabás, en el momento en que este, temiéndose ya encima á Don Juan, echaba mano á su puñal.

Se estableció una pequeña distancia entre Barrabás y Margarita.

Don Juan aprovechó esta ocasion y apuntó rápidamente.

Pero apuntó bajo.

Habia reparado que su primer disparo habia sido rechazado por una coraza.

La bala hirió en el estómago á Barrabás, que al sentirse herido dejó caer el puñal, y se llevó las dos manos al estómago.

Margarita estaba aterrada.

Don Juan saltaba poderoso; estaba próximo á tocarla.

De improviso Barrabás rugiente, terrible, espantoso, se arrojó sobre ella y la precipitó por el tajo en el momento en que llegaba Don Juan.

— ¡ Ah ! ¡ tú ! ¡ tú también ! exclamó Barrabás: ese agua inmóvil es un buen lecho nupcial.

Y aprovechando el terror de Don Juan que se habia avanzado sobre el borde de la cortadura, le precipitó.

— ¡ Ah ! exclamó Barrabás á punto que los dos pastores se apoderaban de él : ya puedo morir.

V

Las ropas habian hecho flotar á Margarita.

Don Juan habia caido y se habia sumergido.

Los esfuerzos de los dos pastores no habian lo-

grado que Barrabás dejase de mirar á la laguna.

Una tos terrible agitaba al gigante.

Su convulsion era tan poderosa, que sacudia á los dos pastores que se agitaban con no menos esfuerzos que los que hubieran necesitado para sujetar un toro.

Y Barrabás, á pesar de su tos convulsiva, del dolor de su herida, continuaba mirando de una manera terrible la laguna.

Los pastores miraban tambien llenos de ansiedad.

Don Juan instantáneamente despues de su caída, habia aparecido en la superficie, habia visto á Margarita que flotaba aun y nadó hácia ella.

Por un fenómeno, ni el uno ni el otro se habian asfixiado al caer.

Don Juan tocó á Margarita.

La jóven se aferró á él con la ansiedad de todos los que se ahogan.

Don Juan la puso sobre sus hombros y nadó hacia la orilla.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó espirante Barrabás: ¡ se salvan ! ¡ se salvan ! ¡ se la lleva ! ¡ seguidle ! ¡ seguidle, si quereis ser ricos ! ¡ seguidle ! ¡ seguidle ! ¡ es Pedro Quirós ! ¡ ella es la hija del Almirante de Castilla ! ¡ la justicia y el Almirante os darán un tesoro !

Los pastores escuchaban atónitos é indecisos.

Pedro Quirós habia ganado la orilla, habia salido con Margarita, la habia puesto sobre sus hombros y habia escapado.

— ¡ Maldito ! ¡ maldito ! ¡ maldito seas ! exclamó Barrabás.

Y un vómito de negra sangre le cortó la palabra.

Poco despues habia muerto.

CAPITULO XII

EN QUE SE VERÁ HASTA QUÉ PUNTO PUEDE LLEGAR UNA
DESDICHA



I

Era ya la caída de la tarde.

En un valle amenísimo, cerrado alrededor por una espesa arboleda, sentados al pie de tres magníficos álamos al lado de un arroyo, sobre un césped tupido y fresco, estaban mojadas aun

las ropas, pálidos y conmovidos Don Juan y Margarita.

El sol, próximo á ocultarse, teñia las puntas mas altas de los árboles.

Margarita estaba á todas luces enferma y gravemente enferma.

Don Juan la contemplaba con ansiedad.

Habia algo de locura en la mirada de Margarita.

— ¡ Oh ! vuelve en ti, alma mia, la decia el jóven ; soy yo tu Don Juan, tu adorado, tu esposo.

— ¡ Mi esposo ! ¡ ah ! ¡ qué horror ! exclamó Margarita : ¡ tú eres mi hermano ! ¡ mi hermano ! ¡ oh ! ¡ estamos malditos de Dios !

— ¡ Ah ! ¡ no, adorada mia ! decia Don Juan estrechando con efusion contra su corazon á Margarita : ¡ no ! ¡ yo no soy tu hermano ! ¡ yo te lo juro por mi alma, por mi amor, por tu vida, que es lo que mas amo ! esa ha sido una calumnia del

infame Barrabás, de ese demonio que habia contraido por ti una pasion del infierno.

— ¡No, no! decia Margarita llorando: ¡somos hermanos! ¡Dios no puede perdonarnos!

— ¿Pero no me conoces, Margarita? ¿no me conoces? ¿crees tú que puede haber un hermano que se parezca tanto á otro?

— ¡Oh! ¡sí, sí! ¡á mi Don Juan le mataron; me lo han dicho en el convento; las personas que me lo han dicho no podian mentir: eran ellas religiosas, ellos sacerdotes!

— Se engañaban todos: escúchame por piedad. Si yo no fuera tu Don Juan, ¿podria saber tantas cosas como nos hemos dicho en medio del silencio de la noche, en tiempos mas felices? y dime, ¿tu corazon no te dice que soy yo tu Don Juan, tu amor?

— Sí, pero mi corazon se engaña; yo te amo, te amo, muero por tí, me vuelvo loca; pero tú no eres mi Don Juan; mi Don Juan murió.

— Oye Margarita, oye, te voy á contar una muy triste historia : la historia de mis desventuras.

— Déjame, déjame, exclamó Margarita : tú eres mi demonio, tú me has perdido, has perdido mi alma... y yo... yo... estoy loca por ti... yo te adoro... ¡ oh ! ¡ qué horror !

— Sí, nuestra situacion es horrible, cuando podia dar envidia á los ángeles ; ¡ horrible, si, porque no eres mi hermana ! óyeme por piedad !

Margarita fijó una mirada insentada en Don Juan y soltó una carcajada vibrante, desentonada, histérica.

Estaba loca.

II

Don Juan se estremeció de horror.

En aquel momento se sublevó contra él su conciencia.

— ¡Ah! exclamó: ¡yo he matado, yo he robado, yo soy un bandido! ¡yo no puedo ser feliz! Dios lo quiera! ¡sí, sí! ¡yo he muerto! Don Juan Venegas ha dejado de existir! ¡en mí no queda mas que un criminal miserable, un criminal que está reclamando el patíbulo! ¡Don Juan Venegas no existe; yo no soy mas que Pedro Quirós!

Y como en su desesperacion hubiese dicho estas palabras en voz alta, Margarita exclamó:

— Sí, sí, tú eres Pedro Quirós mi hermano... y mi amante... ¡oh! ¡oh! ¡el infierno se rie!... ¿y qué importa? ¡yo te amo! ¡yo te amo! ¡yo te amo!

— ¡Oh, sí! ¡ámame, ámame, aunque creas todo lo horrible que puedes creer! ¡esto no es cierto, no! ¡un dia recobrarás tu razon, un dia me oirás y desaparecerá el horror! ¡oh! ¡qué he hecho yo, Dios mio, para ser tan desgraciado?

Otra vez los recuerdos de sus crímenes, evocados por su conciencia, cayeron sobre el corazon y sobre la cabeza de Don Juan y le doblegaron.

— ¡Oh! ¡todo, todo por ella! exclamó: por ella he perdido mi alma, ¿puedo perder mas? aun me queda algun dinero... sí, me queda dinero bastante para llegar á la costa, para fletar un barco contrabandista que me lleve á las costas de Francia: allí, allí tomaré plaza de soldado, y mucho será que no gane lo bastante para mantener á este pobre ángel.

Y como la noche se echaba encima, Don Juan se levantó, se levantó Margarita y apoyada en el brazo de su amante, se encaminaron á través de la Sierra hácia un pueblo de donde venia el sonido de una campana que tocaba á las Ave Marías de la tarde.

III

Aquel pueblo estaba inmediato ó cuando mas á una legua.

Don Juan conocia demasiado aquel pueblo : era el Fondon.

Un bello pueblo, situado sobre una pequeña ensenada del Mediterráneo.

Una guarida de contrabandistas.

Pero aunque la distancia en línea recta solo podia ser de una legua, atendido el sonido de la campana, las accidentaciones del camino hacian de aquella legua tres por lo menos.

Habia salido la luna, y la noche se habia tornado muy clara.

Margarita parecia haberse calmado.

Parecia haber recobrado la razon, y que reflexionaba.

De repente se detuvo, y dijo contemplando con fijeza á su amante :

— Cuéntame esa historia.

El acento de Margarita era lánguido, y su mirada aparecia impregnada de tristeza, de melancolía.

Pero aparecia al par de ella la espresion de

una resolución enérgica, de una firmeza á toda prueba.

— Sentémonos, dijo Don Juan, aquí á la sombra de estas hayas. ¡Qué hermosa estás, amada mía! ¡resplandeces como un arcángel!

— ¡Oh, Don Juan de mi alma! exclamó Margarita: ¡y tú me pareces un Dios!

— ¡Y has dicho Don Juan! exclamó estreme- cido de alegría el jóven. ¿Conque crees al fin que yo soy tu Don Juan?

— Si, si, exclamó con acento ardiente Margari- ta; ¿y cómo he podido creer otra cosa? Yo estaba loca, Don Juan de mi alma; me engañaban, me engañaban para que te olvidase.

— ¡Oh! pero han acontecido cosas horribles, exclamó Don Juan, cosas que yo te he recatado por no horrorizarte!

— ¡Cuéntamelas, cuéntamelas! dijo Margari- ta.

— ¿Y para qué? ¿no crees tú que yo soy tu Don Juan?

— Sí.

— Pues bien, arrojemos todas esas cosas horribles en lo pasado : esta noche es una noche de amor.

— ¡ Oh ! sí, de amor de los cielos, dijo Margarita, despues de un dia de infierno.

— Sí, sí, olvidémoslo todo, todo, menos nuestro amor : ¡ oh ! ¡ cuando pienso que has podido ser esposa de aquel miserable conde de Fuen-
Labrada !

— ¡ Oh ! ¡ primero muerta !

— ¡ Ah ! ahora recuerdo... ¡ el collar de rubies !

— ¡ El collar de rubies !

— Sí... un magnífico collar de rubies que yo te tenia guardado para el dia de nuestras bodas... un hermoso collar que no se ha separado de mí desde que... desde que lo compré... y bien, ¿ no es esta la noche de nuestras bodas ? déjame, déjame, adorada mia, que lo ponga en tu garganta de nácar... ¡ qué hermosa eres, mi amor !...

¡ ah! ¡ yo enloquezco!... ¡ yo soy el hombre mas feliz de la tierra!

Y Don Juan, que en efecto llevaba sobre sí aquel funesto collar desde que se lo quitó al Conde de Fuen-Labrada, le puso en triples vueltas en la mórbida, en la voluptuosa, en la incomparable garganta de Margarita.

— El collar brillaba de una manera mate, fantástica en la penumbra que envolvía á los jóvenes.

Parecía como una señal de sangre congelada.

Don Juan enloquecía.

— Y bien, ¿qué importa? murmuró de una manera ininteligible Margarita, por algunos años de gloria, una eternidad de infierno.

IV

Continuaron lentamente su camino, y no llegaron al Fondon antes de las tres de la mañana.

En la playa habia un gran movimiento.

Como que se estaban descargando á toda prisa cuatro faluas que habian arribado cargadas de contrabando.

— Hemos llegado á buen tiempo, dijo Don Juan; me parece, amada mia, que la fortuna se cansa de perseguirnos: en una de esas faluas nos embarcaremos y partiremos antes del dia, porque ellos no se esperarán á que puedan avistarlas los barcos de Rey: mas aprisa, adorada mia, mas aprisa, que esos barcos en cuanto descargan se hacen á la mar.

Estaban como á dos tiros de arcabuz de la multitud que trabajaba en la playa.

A medida que los contrabandistas de tierra cargaban sus caballos, saltaban sobre ellos y escapaban, internándose en la Sierra.

De improviso Don Juan se detuvo y lanzó una blasfemia.

Las faluas empezaban á virar en redondo para tomar la vuelta de afuera y largarse.

— Esperad, esperad, dijo Don Juan y corria.

Llegó á los contrabandistas, pero ninguno le escuchó.

Estaban demasiado ocupados.

Y las faluas seguian saliendo de la cala.

A la luz de la luna se veian sus altas y agudas velas inflamadas por el viento.

— Todo el oro que querais, dijo Don Juan á uno de los del pueblo que trabajaban en el alijo del contrabando, por que uno de esos barcos se detenga y entremos en él una mujer y yo.

— Esperad, esperad á que acabe esto, dijo el jabegote, y despues pensaremos en otra cosa.

Y miró con asombro á aquel hombre que se le presentaba con traje de hidalgo y con la cabeza descubierta.

Porque Don Juan habia perdido el sombrero en la laguna.

Las faluas iban ya muy lejos.

Margarita habia ido descendiendo y al fin llegó á donde estaba Don Juan.

Entonces los jabegotes, como ya habia partido la última carga, rodearon á los dos amantes.

No les admiró menos que Don Juan, Margarita.

El traje de esta era una sencilla túnica de lana blanca, de mangas anchas, cerrado en el cuello y ceñida en el talle por una ancha cinta de damasco azul.

El traje, en fin, que tenia en el convento cuando fue robada por Barrabás.

Estaba muy ajado y sucio.

Sobre él formaba un extraño contraste, el riquísimo collar de rubies.

Las anchas y largas trenzas de Margarita, caían en nudos sobre su espalda.

El cansancio, la pasión, la fiebre, la desventura, el sobresalto, todo hacía de Margarita un ser conmovedor, hermosísimo, lánguido, triste, encantador.

Don Juan estaba trasfigurado también por lo extremo, por lo excepcional, por lo terrible de la situación.

Los jabegotes los miraban con asombro y se interesaban por ellos.

Comprendían que iban huidos, y como ellos por contrabandistas, se veían con mucha frecuencia huyendo, tenían una gran simpatía por aquellos dos jóvenes.

¿Por qué huían? Nada importaba esto: el caso era que huían.

Don Juan no les dijo otra cosa sino que necesitaban pasar cuanto antes á Francia, ó á Venecia,

ó á Génova ; que por grandes razones les importaba cuanto antes salir de España, y que queria fletar un barco que los condujese cuanto antes.

— Mañana amanecerá Dios, y verá el tuerto los espárragos, señor caballero, dijo un jabegote viejo : ahora, como vuesa merced lo ve, no hay en la playa mas que lanchas ; pero mañana llegarán lo menos media docena de barcos, y cualquier patron servirá á vuesa merced con gusto : ahora, á mi casa á descansar, que vuesa mercedes vienen muy rendidos, y á tomar algun alimento.

— Si por Dios, dijo Don Juan : que ya hace veinticuatro horas que mi esposa y yo no hemos comido.

El jabegote se llevó á los jóvenes á la que llamaba su casa, que era una gran barraca sobre la playa, casi á la orilla del agua.

Alli fueron recibidos con una franca y cordial hospitalidad por la mujer del pescador y por sus hijos, que estaban de pic, porque tambien habian trabajado en el alijo del contrabando.

Cuando hubieron tomado algun alimento, el jabegote los llevó á una pequeñísima estancia.

— Es el cuarto de mi hijo mayor, dijo.

— Dios os lo pague, exclamó Don Juan, y oid : en el momento que llegue un barco, traed aquí á su patron para que yo trate con él, y avisadme: y oid además ; espero que ni vos ni los que saben que estamos aquí, no nos venderán aunque nos busquen.

— Aquí no se vende á nadie : todos los dias estamos amparando huidos, dijo el jabegote : y sabed, caballero, que aunque tuviéramos aquí al capitan de los Diez Compadres que anda perdido por la Sierra sin que puedan dar con él, á pesar de que ofrecen por su cabeza bastante oro para tentar la codicia á un pobre, no le entregaríamos : temeríamos ser entregados cuando huviéramos, porque quien á hierro mata á hierro muere, y el que entrega que no se queje cuando se vea entregado.

.

Tres horas despues, el jabegote llamó á Don Juan.

Venia con él un patron de bergantin que iba por carga de naranjas.

Don Juan fletó el bergantin para marchar por cien doblones, y al mediodía entraron á bordo y se dieron á la vela.

Margarita iba vestida de pescadora del Mediterráneo : Don Juan de marino.

— ¡ Oh ! gracias á Dios, dijo Don Juan : ¡ nos hemos salvado !

Y estrechó entre sus brazos, delirante de alegría, á Margarita.



CAPITULO XIII

QUE CONTIENE LA CATÁSTROFE DE ESTA TRAGEDIA



I

Ha pasado un mes.

Un gentío inmenso se agolpaba en las calles circunvecinas á la cárcel de la Chancillería de Granada, y se estendia por la cuesta de las Marañas, una de las primeras avenidas del Albaicin.

Esta cuesta es muy pendiente.

Al principio hay casas á uno y otro lado.

Despues sigue una tapia de tierra, que por algunos sitios es tan baja que un hombre de mediana estatura puede mirar por encima de ella sin empinarse.

Al otro lado de esta tapia, que está á la izquierda de la subida de la cuesta, hay un declive violento, la falda de un monte que va á terminar á lo largo de la calle de Elvira.

El declive de este monte está cubierto de hermosos cármenes ó jardines.

A la derecha de la cuesta hay un asperísimo repecho: el único monte que descende.

En todo el acceso hay cármenes muy bellos.

En lo alto una iglesia: la de la parroquia de San José.

Contigua á la iglesia, en la cumbre, hay una gran casa, cuyos altos pabellones avanzados sobre la vertiente, parecen torreones.

En el que está mas cerca de la iglesia hay una reja.

En el otro un gran balcon volado.

Desde alli, se ve muy cerca, en lo bajo, lo mas alto de la cuesta de las Marañas, que forma, en fin, una especie de plazuela en que nacen algunos callejones que descienden los unos y que ascienden los otros.

En la tapia de la izquierda, mirando á Poniente, hay una pequeña cruz de piedra.

Aquella cruz se llama la CRUZ DE QUIRÓS.

El dia en que nos referimos, estaba lleno de un gentio inmenso la cuesta y sus circunvecinas, y las calles inmediatas á la cárcel, la cruz no existia aun.

Pero habia algo mas terrible.

Una altísima horca.

La real audiencia de la Chancillería de Granada, habia sentenciado á Pedro Quirós á ser arrastrado, es decir, conducido en un seron á rastra al sitio de la ejecucion, ahorcado, descuarti-

zado, y á que su cabeza y sus miembros fueran puestos por los caminos reales, donde mas crímenes habia cometido.

Se mandaba además que la horca se pusiese en un lugar alto desde el cual se descubriese toda la Vega, para que el terrible bandido pudiese ver al subir al patíbulo el lugar donde habia cometido sus atroces delitos.

Lo alto de la cuesta de las Marañas parecia muy bien á los Señores Alcaldes de casa y corte para el caso, porque desde allí se veia la Vega hasta las distantes Sierras que habian sido la guarida de los Diez Compadres.

Nuestros lectores habrán comprendido que Don Juan habia sido preso.

Vamos á decir cómo.

II

Los dos pastores que habian acompañado á Don Juan, creyendo que le ayudaban á prender al capitan de los Diez Compadres, cuando supieron por el moribundo Barrabás, que el capitan de aquellos bandidos era el que acababa de salir de la laguna y de escaparse con la dama, ciegos por la codicia de la ganancia y no pudiendo perseguir á Don Juan porque estaban cortados por la insuperable accidentacion del terreno y tenian que dar un gran rodeo, corrieron á los Berchules que estaban inmediatos y dieron parte á la justicia.

Ahora bien, el Almirante, que no habia cesado de perseguir en persona con mucha gente á Don Juan, andaba por alli entonces tomando lenguas.

En cuanto supo que el capitán de los Diez Compadres con una dama, se había salvado por un lugar muy próximo á la marina, envió al puerto mas inmediato un correo con pliegos en que se mandaba que si había algun barco de Rey, saliese y recorriese la costa, y visitase cuantos barcos encontrase.

Hasta aquella noche no pudo salir una galera de dos bandas que había arribado para hacer aguada á Motril, y cuyas órdenes eran de vigilar la costa de la Alpujarra por la parte de Levante.

El Almirante marchó por tierra y batió la montaña.

Pero no encontró otra cosa que á Barrabás muerto.

.....

III

Aun no habia llegado á engolfarse el bergantín en que iban nuestros fugitivos, cuando su patron dijo á Don Juan.

— Me parece, caballero, que voy á tomar la vuelta de tierra.

— ¿Y por qué? dijo Don Juan.

— Porque hace poco he avistado un barco de Rey, y se me figura que nos da caza.

— El viento es fresco y bueno, dijo Don Juan, y no nos puede ganar el barlovento.

— Mirad, caballero, que estas galeras caminan mucho, porque además de tener mucho trapo, llevan cincuenta forzados por banda.

— ¡Vive Dios! exclamó Don Juan, que mas sospechosos nos haremos si viramos, patron.

— Pero podremos ganar tierra antes de que la galera se nos eche encima, y pueda hacernos fuego.

— Os mando que solteis todos los trapos y escapeis, dijo Don Juan :

En mi barco nadie manda mas que yo, exclamó el patron.

— Mirad lo que haceis, no sea que os pese, dijo Don Juan.

— Lo que yo haré será meteros bajo escotilla, para que no estorbeis, dijo el patron.

Margarita habia aparecido, y adelantaba pálida y cuidadosa.

— ¡ A mí ! ¡ que me metereis á mí bajo escotilla ! gritó D. Juan, que se habia puesto letalmente pálido.

— A ver, muchachos, á este hombre, dijo el patron á sus marinos.

Pero D. Juan sacando un puñal que llevaba entre sus ropas, cerró con el patron y le dió de puñaladas sin que pudiera evitarlo Margarita.

Todos los marineros desnudaron sus cuchillos y se fueron sobre D. Juan.

Este dió una voz terrible, una voz de esas llenas de dominio de una amenaza tal, que imponen á todos los que las escuchan por bravos que sean.

Voz de un hombre que ha nacido para mandar y ser obedecido.

Voz, en fin, de capitan de bandidos y de piratas.

Y no era solo la voz, sino tambien la mirada, el gesto, la actitud.

Los seis marineros que tripulaban el bergantin retrocedieron.

Habian visto, no un hombre, sino una fiera.

Margarita estaba helada de espanto, y de horror.

— ¡ Ese hombre al agua ! exclamó D. Juan señalando el patron que estaba muerto sobre su sangre, y en el cual fijaba una mirada indescribible Margarita.

Aquel solo mandato bastó.

El desventurado patron fue arrojado al agua.

— ¡Oh! ¡ estamos malditos de Dios! dijo Margarita. ¡ Dios no nos puede favorecer!

Don Juan la asió, la llevó á la cámara y la encerró.

Luego dijo á los marineros.

— ¡ A la maniobra! ¡ á escapar! en llegando á Génova, compro cañones, me hago corsario, y vosotros sereis mis marineros.

El equipaje trabajó con ardor.

Pero todo aquello lo habia visto con su catalejo, el capitan de la galera.

IV

Avanzaba esta con una rapidez espantosa.

Navegaba á vela y remo.

Don Juan empezaba á arrepentirse de no haber seguido el consejo del desventurado patron.

Al fin se vió una llamarada y una nube de humo en la crujía de la galera ; y una terrible bala de bombardas alcanzó al bergantin por debajo de la cinta.

— A la chalupa, gritaron los marineros, á la chalupa, dentro de diez minutos el bergantin estará á pique.

La chalupa fue echada al agua, y entraron en ella Don Juan, Margarita y los marineros.

La galera echó otra larga chalupa llena de gente armada.

Era imposible escapar.

La chalupa de Rey traia doble equipaje, y volaba.

Cuando estuvo cerca, D. Juan hizo un movimiento como para arrojarse al mar.

Pero Margarita se abrazó fuertemente á él.

Sin saberlo, lo entregaba al verdugo, porque Don Juan que despreciaba su vida, se estremeció

al solo pensamiento de arrojarse á la mar con Margarita.

En aquel momento los marineros, teniendo mas miedo á la justicia que á Don Juan, y viendo abrazado á este por Margarita, se arrojaron sobre él y le sujetaron y le ataron con sus fajas.

A Margarita la ataron tambien.

Despues viraron é hicieron rumbo hácia la chalupa de Rey.

V

Asi fue preso Don Juan.

La galera se volvió con él á Motriél.

D. Juan fue entregado á la justicia, y Margarita al Almirante.

.

VI

Margarita estaba loca.

Encerrada en una cámara de la casa paterna.

El Almirante la aborrecia, la desconocia como hija suya, la habia maldecido, y si no la habia hecho llevar entre los locos del hospital real, habia sido por soberbia.

La pobre Margarita estaba siempre sentada en un rincon de la misma cámara donde se la habia encerrado, donde se la dejaba sola y abandonada y sin luz por la noche, y sin llevarla mas que una miserable comida que la infeliz devoraba hambrienta en pocos segundos.

Estaba flaca, y en su hermoso semblante se estendia la impura palidez de la fiebre.

VII

Un dia Margarita levantó la cabeza y escuchó.
Era el mediodia.

Habia escuchado, ella, que no escuchaba nada,
uno como alarido de un infinito número de
gente.

Al mismo tiempo se oia el doblar ronco y
acompasado de un tambor.

Margarita se estremeci6, se puso de pie, y es-
cuchó con mas atencion.

Parecia como que despertaba de un sueño.

Miró en torno suyo con estrañeza.

Se vió medio desnuda, en una inmensa cáma-
ra desamueblada.

—¿Qué es esto, Dios mio! exclamó: ¿cómo
estoy yo aquí? ¿y Don Juan?

¿Y mi Don Juan?

La memoria la habia acudido de repente.

Lo habia recordado todo.

Habia recobrado la razon.

Se abalanzó á la reja.

Vió... todas las cuestras que se descubrian desde alli llenas de gente.

Vió allá en lo llano, el campo del Triunfo lleno de gente tambien.

En lo alto de la cuesta de las Marañas, vió dos altos palos, sobre los cuales se atravesaba otro de que pendia una cuerda, y subiendo hasta aquel travesaño una escalera.

Y seguia el alarido de la gente, y el fúnebre doblar del tambor.

Cerca, muy cerca, en la calleja que se estendia al pie del muro donde estaba la reja de la cámara, oyó la voz de una vieja que decia :

—Vamos, vamos, comadre ; que yo quiero ver de cerca como ahorcan al capitan de los Diez Compadres ; dicen que es muy jóven y muy hermoso.

— Y dicen tambien que ha sido un gran caballero, que se ha perdido por los amores de la hija del Almirante.

— ¡Vah! dijo la otra: eso dicen, pero en la causa no reza otro nombre que el de Pedro Quirós.

Margarita no habia oido mas que las primeras palabras.

Habia dado un grito horrible, y se habia abalanzado á la reja.

Una mano la habia asido.

— ¡Oh! ¡no! exclamó una voz trémula. ¡Esto es ya demasiado.

Margarita se volvió y vió á su padre que estaba pálido, cadavérico.

— ¡Ah! yo no sabia... yo no sabia... dijo el Almirante... ¡Era él, si; era él!... D. Juan Venegas!

— ¡Si, él! ¡y vos le habeis perdido!... ¡Dejadme!... ¡dejadme!... ¡le quiero ver por la úl-

tima vez... aunque me mate verle morir!... ¡ ah!
¡ no tardaré yo en seguirle!

— ¡ Qué dices! exclamó el Almirante.

— ¡ No oís! ¡ no oís como gritan! ¡ quiero ver
por qué gritan! ¡ dejadme! ¡ soy su esposa!

El Almirante estaba abrazado á su hija.

Habia adquirido la certeza, por una entrevista
que acababa de tener con el sentenciado, de que
este era Don Juan Venegas, y habia sobrevenido
en él la reaccion de su conciencia.

La multitud seguia gritando.

— ¡ Dejadme! decia desesperada Margarita.

Y se esforzaba en vano por desasirse de su
padre.

VII

De improviso, al gritar bullicioso y chirriante
del gentío, sucedió un profundo silencio.

Este silencio duró algunos minutos.

Margarita escuchaba con toda su alma.

El Almirante temblaba de los pies á la cabeza,
y sentia frio en el corazon.

De improviso sonó un alarido terrible, gigantesco, aterrador.

Un alarido que duró algunos segundos.

Un alarido de horror.

Luego, nada : un silencio profundo.

— ¡ Se acabó ! ¡ si ! ¡ se acabó ! dijo Margarita con un acento apagado en que habia algo de sobrenatural, con un acento débil que apenas se percibia.

Y se pasó la mano por la frente.

En sus ojos habia una espresion completamente fantástica.

Una tranquilidad suprema.

— ¡ Se acabó, si ! repitió con voz mas débil aun : lo conozco en que me siento morir... ¡ si !
¡ Dios me llama !

Y Margarita se deslizaba entre los brazos de su padre.

El Almirante agonizaba de horror y de dolor.

— ¡Padre! ¡padre! exclamó Margarita con voz apenas perceptible: ¡habeis sido muy cruel! ¡pero yo os perdono! ¡sí! ¡yo os perdono por él, por mí... y tal vez... tal vez por nuestro hijo!

Una lágrima brotó entonces de los ojos de Margarita.

Luego se desplomó.

El Almirante la levantó y arrojó un grito horrible, un grito de esos que estremecen de espanto á quien los escucha.

Tenia en los brazos un cadáver



EPILOGO

Algunos dias despues, y sin que nadie supiera quien la habia mandado poner, apareció una cruz de piedra en la tapia de la izquierda del alto de la cuesta de las Marañas, á algunos pasos de distancia de la horca, donde bajo el nombre de Pe-

dro Quirós, capitán de los Diez Compadres, había perecido Don Juan Venegas.

Desde entonces, á la cruz y al sitio se les llama la CRUZ DE QUIRÓS.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO.— Explicaciones...	1
CAPITULO II. — Continúa la materia del anterior...	29
CAPITULO III. — Continúan las aclaraciones...	59
CAPITULO IV. — En que continúan los extraños sucesos de esta verídica historia...	51
CAPITULO V. — De cómo Don Juan en su desesperacion llegó hasta el intento del sacrilegio...	119
CAPITULO VI. — De cómo un impío puede robar de un convento una mujer cuando este impío es un bandido resuelto á todo...	139
CAPITULO VII. — De cómo adelanta mas el que mas madrugá...	159

CAPITULO VIII. — De como á causa de lo antecedente hubo un gran alboroto en Granada.	167
CAPITULO IX. — De cómo el Almirante dió fin á los Compadres.	187
CAPITULO X. — En que se vuelve á encontrar á Margarita.	205
CAPITULO XI. — En que sobrevienen nuevas y curiosas aventuras.	233
CAPITULO XII. — En que se verá hasta qué punto puede llegar una desdicha.	251
CAPITULO XIII. — Que contiene la catástrofe de esta tragedia.	275
EPILOGO.	295

